





# Revancha de la Vida

*¿Qué es lo peor que le puede pasar a una  
persona en una venganza?*



# **Revancha de la Vida**

*¿Qué es lo peor que le puede pasar a una  
persona en una venganza?*

**Charli Farinha Toni**

[www.elbolsotricolor.com](http://www.elbolsotricolor.com)

Portada: Aitzane Amaro

ISBN: 9781705609897

Sello: Independently published

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual  
Comunidad de Madrid, España.

Todos los derechos reservados.

La piratería será perseguida de acuerdo a la legislación vigente. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, incluido el tratamiento informático, transformación, plagio, distribución, fotocopia o comunicación de cualquier forma, ya sea por métodos electrónicos, mecánico o por registro, sin el permiso previo y por escrito de Charli Farinha Toni.

*A mis amigos de España, porque, simplemente,  
siempre están  
(en su memoria) Chévere Valero (Caracas),  
José Morcuende (Ávila),  
Mariani Magdaleno, Ana Domingo (Córdoba,  
España),  
Lola Pérez, Ángel Grande, Victoria Cobedo, David  
Martínez (Madrid)  
José Manuel Morales (Granada)  
y Wilson Pereira (San Pablo)*





# Prólogo

La protagonista es hija única de una familia de clase media. Del transcurso de la niñez a la adolescencia, es el momento en el que empieza a cambiar todo en el seno familiar.

Su vida da un giro radical y, de repente, tiene que enfrentarse al mundo sola y sólo hay dos deseos que quiere concretar y son por los que aún vive.

También están las historias de cuatro amigos cansados de vivir en el Uruguay donde la crisis económica que tuvo ese país en el año dos mil dos es uno de los estímulos para que busquen otro horizonte.

Sólo se tienen a sí mismos y lo único que les importa es vivir el presente, sin mirar, en realidad, las consecuencias de sus actos.

Hay cosas que se juntan de forma inesperada. El pasado, el presente y el futuro se unen, y todo se le vuelve en contra. Impensadamente, no hay opción.

Todo se hace más caótico cuando las historias se cruzan y cada uno se encuentra en un punto de no retorno, y otras decisiones se deben tomar.



**Esta es una obra de ficción íntegramente producto de  
mí imaginación.**

**Los lugares, nombres, hechos, marcas e historias son el  
resultado de mi inventiva y existen en mi mente y en  
este libro.**

**Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.**



# **Primera parte**

Montevideo

1982

Se materializa la peor pesadilla.

Presentación



La tarde se presenta clara y agradable. No se observa ninguna nube en el cielo y los transeúntes ocupan las calles como si fuesen huyendo de algo.

En un restaurante de estilo arcaico, donde predomina la madera en la decoración y los vidrios azules le dan un aspecto nostálgico, que se emplaza por la avenida 18 de Julio, son pocos los comensales que alberga.

Valeria y Lola se han ubicado en un rincón alejado donde una columna les concede mayor intimidad que al resto de los clientes.

Valeria es una mujer de poco más de treinta años, muy atractiva, con abundante pelo castaño y un físico que oculta con ropa amplia pero que, aun así, le sienta bien. Su maquillaje no deja llamar la atención al ser tan discreto y la mirada fija y penetrante da lugar para distintas especulaciones.

Lola, a nivel físico, es como su madre con veinte años menos. Y en ella también llama la atención la mirada fija y penetrante, como la de la mujer que le dio la vida.

La adolescente observa una pintura que ocupa casi media pared y en la que los esclavos sometidos son los protagonistas.

—¿En qué piensas, Lola?

La joven no se da cuenta de que le han hablado.

—Lola. ¿Lola?, —vuelve a llamar.

Lola, sorprendida, mira a su madre.

—¿Dónde estás? ¿Qué piensas, nena? ¡Estás en la luna!

La joven sonríe mientras echa un vistazo alrededor.

—Es increíble el cambio que ha habido desde esa época a la fecha. Mira lo que es esto —dice señalando la pintura—. Qué diferente que era la vida ahí, ¿no?

—Eran otros tiempos, sin duda alguna, nena.

—Sí. Como ahora, mami.

Valeria levanta la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso, nena?

—Lo que ahora estamos viviendo no es normal, ¿no, mamá?

La mujer baja la vista varios segundos.

—Es mejor que no hablemos de eso... Vamos a evitar todo tipo de problemas porque va a ser para el bien de todos.

La joven escucha y asiente tenue.

—Mamá, ¿por qué nunca quieres que se hable de ese tema? ¿Cuál es el problema que hay en realidad?

—Quizás algún día lo entiendas, nena. Quizás. Pero es mejor no hablar nada de eso porque hay oídos y ojos en todas partes.

Además, no estamos en un lugar adecuado para hablar de eso. Es mejor que hablemos de otra cosa. ¿Me entiendes?

Lola entrecierra los ojos y Valeria no le hace caso. Ambas echan una mirada por el restaurante y la vuelven a clavar sobre el plato.

—Lola, ¿ya pensaste cómo quieres que sea tu fiesta de quince?

Su hija baja la vista.

—Mami, no sé si quisiera... celebrar mis quince...

—Pero, ¿por qué no, nena? ¿Qué pasa?



Desvía la mirada mientras su madre no la deja de mirar.

—Ya sabes, mami. Es papá. La verdad es que tengo miedo por lo que pueda llegar a hacer. Y yo prefiero evitar todo tipo de problemas.

—No, Lola. De eso no debes preocuparte. Él sabe lo que hace y no se va a exponer a hacer un bochorno delante de todo el mundo.

—Yo no estaría tan segura, mami. Papá ha cambiado mucho últimamente. Hay veces que ni le reconozco. ¿Por qué cambió tanto? ¿Qué le pasa?

—Es el trabajo, nena. ¡Es su maldito trabajo! Cada vez tiene más presión de todas partes. Pero... Pero, es verdad... Sergio ha cambiado.

Valeria resopla sutil mientras Lola no la pierde de vista.

—Tu padre ha cambiado mucho de un tiempo a la fecha... Sí. A veces lo miro y... hasta yo misma le tengo miedo. No sé... No sé qué pensar.

—Y mami, ¿te piensas que con papá así podré celebrar algo? No, mami. Eso ya lo tengo asumido desde hace tiempo.

—Y, ¡¿te vas a quedar sin fiesta de quince?! ¿Qué van a decir tus amigas? ¿Qué es lo que va a pensar la gente? ¡No quiero ni imaginarlo!

—Eso no tiene ninguna importancia para mí, mamá. La verdad es que no me importa lo que piense o lo que diga la gente.

—Te desconozco, Lola. Te desconozco. Y ya sabes cuál es la costumbre en este país, ¿no? Y más siendo la hija de un coronel del ejército.

Tu padre no va a permitir que no se festejen tus quince... ¡No quiero ni pensar la reacción que va a tener cuando se entere...!

—Al fin y al cabo, quién va a cumplir los quince soy yo, no él. Pues yo no quiero celebrar nada ni que nadie los celebre por mí.

—Nena, nena. No seas tan cabeza dura. Es muy linda la ilusión que te da celebrar los quince... Es algo que lo vas a recordar toda la vida.

—Para celebrarlo, papá tendría que cambiar muchísimo de la noche a la mañana y yo estoy segura de que no va a cambiar. Es más, creo que va a estar peor de lo que ya está ahora. Y prefiero no arriesgarme...

Valeria abre la boca para replicar pero ningún sonido logra emitir y su hija tampoco es ajena al detalle.



Valeria y Lola caminan perezosas, desentonando con las prisas que lleva el resto de la gente que sólo las esquiva y les echa un vistazo, por la avenida 18 de Julio, llegando a Bulevar Artigas.

—Entonces, este finde, me dejas ir con la abu a pasar con ella, ¿no, mami?

—Lola, ya sabes que la abu te adora pero tú tienes que entender que mamá está mayor y yo sé que ella se cansa mucho contigo.

Que si te hace los raviolos caseros; que si te hace alguna tarta al horno; que si te lleva al zoo. Ella necesita estar tranquila, nena.

—Yo a la abu no le pido nada. ¡Es ella la que se encierra en la cocina y no hay nadie quién la saque de ahí! Y a la abu le gusta salir más que a ti y a mí juntas.

—Mamá siempre fue una persona con mucha energía. Me acuerdo cuando nos preparaba para ir a la escuela. ¡Oh, Dios!

Todos los días se levantaba a las seis de la mañana para hacernos pan casero, así, cuando nos levantábamos, ya teníamos la cocoa con leche caliente y pan recién horneado para desayunar. Era bonito... sí.

—¡Y los panes que hace la abu son muy ricos! Más de una vez le digo que haga bastante así yo salgo a vender puerta a puerta.

—¡Cada vez estás más loca, nena!

—Lo mismo me dice la abu.

Echan un vistazo por los aledaños y, de pronto, son conscientes de la lentitud de sus pasos, aunque tampoco le dan mayor importancia.

—Mamá, de verdad te lo pregunto, ¿por qué cambió tanto papá? Yo me acuerdo que él no era así...

La adolescente clava los ojos en su madre, pero no es correspondida.

—Mami, ¿me lo vas a responder o no?

Valeria cierra los ojos y, cuando los vuelve a abrir, mira al frente sin detener la vista en nada específico.

—Hubo algo... Muy feo creo yo... Pero él nunca me quiso decir nada. ¿Qué fue lo que hizo cambiar a Sergio? No sé. La verdad es que no sé.

Lola, que no se quiere perder ningún gesto de su madre, no le quita la mirada.

—Pero, ¿cómo que nunca te dijo nada? Algo te debió de decir. ¿Tú qué piensas?

La mujer cierra los ojos y, al volver a abrirlos, empieza a recordar una confesión de una voz masculina.

¡Esos hijos de puta me la van a pagar! ¡Ellos y todo el mundo me la van a pagar! ¡Me arruinaron la vida! ¡No saben dónde se metieron!

¡No saben con quién se metieron! No... No tienen la más puta idea de lo que soy capaz de hacer. Y te juro que me vengaré y... y se arrepentirán.

Valeria empalidece y Lola, asombrada, no deja de observarla.

—Mami. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien? ¡Estás pálida! ¿En qué te quedaste pensando?

Valeria la ignora.

—Mami, ¿te sientes bien? ¿Qué te pasa? ¡Ahora estás pálida cómo un cadáver!

Lola le toca el hombro y sorprende a la mujer. Dejan de caminar, quedan detenidas en la acera y se miran a los ojos. Pasados varios segundos, Valeria suspira.

—Perdona... Me distraje un momento. No es nada, nena. No es nada. Estoy bien.

Lola no deja de mirarla.

—Mami, ¿dónde estabas? ¿Te fuiste a la luna de nuevo? ¿Qué te pasó?

—No... No es nada. Estoy bien, nena. Sólo me distraje un momento. Nada más. Cosas mías. Nada importante.

—Me estabas contando por qué papá había cambiado tanto de un tiempo a la fecha.

—Es mejor que dejemos las cosas como están, Lola. Va a ser mejor para las dos.

—¿Por qué? Creo que tengo derecho a saber qué fue lo que pasó, ¿no?

—No... No pasó nada. Dejemos las cosas así.

Ambas se quedan mirando en silencio sin entender una a la otra.



Se trata de una noche clara y serena, como si estuviese esperando a que pase algo impactante en el futuro inmediato.

Los transeúntes caminan perezosos por las calles y cada uno va ignorando a todo aquel que va por su camino como medida de protección.

En un bar de la avenida Italia y General French, un hombre muy apuesto, Sergio, con aspecto cansado y ojos enrojecidos, viste traje y corbata.

Él tiene unos cuarenta años de edad y está muy alcoholizado consumiendo *whisky* con hielo, evitando la vista de todo el mundo.

Acaba la bebida de un trago, echa un discreto vistazo por el local y se retira del bar con cuidado, tambaleándose aunque trata de no llamar la atención.

Se dirige a su coche que está a pocos metros y asciende al vehículo hasta que queda sentado como si alguien lo hubiese puesto ahí de penitencia.

Al estar conduciendo, se desplaza a gran velocidad por la avenida Italia, rumbo a Tres Cruces. No tiene buenos dominios de sus reflejos, pero igual enciende un cigarro. A medida que pasan los segundos, se transforma en un conductor temerario. Recibe varios llamados de

atención de otros conductores y los transeúntes que van por la acera lo quedan mirando.

Pasa unos cuantos semáforos en rojo hasta que, finalmente, llega a la esquina de Tres Cruces y, por la misma avenida Italia, estaciona.



Sergio se dirige a su piso que está en la esquina de la avenida 8 de Octubre y calle Avelino Miranda. Ascende por el ascensor hasta que llega a su casa.

El hombre, mientras trata de mantener el equilibrio de su cuerpo, pone las llaves en la puerta del inmueble y todo cambia en el interior.

Lola y Valeria están sentadas en el sillón grande del salón y, al escuchar ruidos, se ponen alerta. Ingresa Sergio y las dos le dirigen la mirada.

Al inicio las ignora, pero algo lo hace cambiar de parecer y les corresponde. Ambas bajan la vista y él se les acerca hasta pararse a poco más de un metro de ellas.

El hombre barre el salón comedor con los ojos y luego, durante varios segundos, mira la televisión. A continuación regresa la vista a las mujeres y les sonrío.

—Bueno, bueno, bueno, —dice—. ¡Esto sí que es vida, ¿no?!

Valeria se contiene de replicar y Lola mira hacia abajo.

—¡Aplastadas! Eso es lo que hacen todo el día. Estar aplastadas sin hacer más nada que mirar esa mierda... Lo único que saben hacer es provocar gastos. ¡Son unas parásitas!

Hace una pausa y busca la mirada de Valeria, y ella lo sigue ignorando.

—¡Maldito sea el día en el que te follé y te quedaste preñada de esta plaga!

Hay un momento de silencio en el que Valeria saca fuerzas de donde no las tiene y enfrenta a su marido con la vista, y mirándose aguantan varios segundos.

—Me gustaría que, al menos, una vez en la vida, todo eso que dices cuando estás borracho como ahora, lo hagas sobrio. Si realmente eres hombre vas a tener los huevos como para hacerlo.

Él, poco a poco, asimila las palabras que le dijo su mujer y esto acentúa su expresión. Ella, a medida que pasan los segundos, se siente disminuir más.

—Bueeeeeenooooooooo... Me esperaba cualquier cosa, pero... Pero esto, ¡no! Resulta que la mosquita muerta tiene boca, y no sólo eso, sino que se atreve a contestarme.

Me esperaba casi cualquier cosa por hoy... Menos esto. ¡¿Qué pretendes hija de puta?! ¿Hacerme calentar? ¿Es eso? Dime.

¡¿Qué mierda pretendes maldita hija de puta?! Dime, ¡¿qué mierda pretendes, maldita zorra puta, mal nacida?! Dime. Quiero saberlo.

Valeria se para y su marido no la pierde de vista.

—¡Ya me tienes harta con todas esas estupideces que siempre tienes en mente! ¡Harta! Sabes lo que significa eso, ¿no?

—¿El qué? ¿Qué me vas a hacer maldita alimaña? Resulta que ahora yo te tengo harta. Mira como me río. Ja, ja, ja.

—Ve a acostarte que te va a hacer bien... No compliques más las cosas, por favor.

—¡Chúpame la polla maldita zorra! ¡Qué cama ni ocho cuartos! Ve a acostarte tú y espérame con las piernas abiertas porque ya sabes lo que va a pasar.

Valeria mira a Lola.

—Ve a tu cuarto y enciértrate.

El hombre mira incrédulo a su mujer.

—¿Qué es eso de mandar a la piba al cuarto para que se encierre? ¿La estás protegiendo? ¿Tienes miedo? ¿Qué te pasa?

Lola rota la mirada de uno a la otra.

—Quédate ahí. Ni se te ocurra moverte.

La joven vuelve a sentarse y Valeria contempla el panorama, ahora tiene la respiración agitada y no sabe qué hacer. Sergio mira a Valeria.

—¿Por qué no nos dejas un momento a solas a la nena y a mí? Yo sé qué es lo que tengo que hacer. ¿No te parece una buena idea?

Soy su padre, ¿no? Nadie la va a tratar tan bien como yo, ¿o me equivoco? Déjame solo con la nena... que... que tenemos que hablar.

Valeria se pone más nerviosa, a pesar de que trata de mantenerse impassible.

—¿Qué es lo que quieres hacer, Sergio?

Hace una pausa y agrega, mientras intercala la vista entre su marido y su hija.

—¡Déjanos tranquilas, por favor! Ve a acostarte que va a ser mejor para todos. Cuando se te pase la borrachera te vas a arrepentir de lo que estás haciendo.



Sergio sonríe.

—No estoy haciendo nada malo, Vale. Además, no pretendo hacer nada que ya no haya hecho contigo. ¿Por qué? ¿Te da morbo? ¿Estás celosa?

Valeria mira a Lola.

—Lola, ven a mi lado.

La joven tarda unos segundos en reaccionar.

—¡Lola, ven a mi lado!

La chica, paulatinamente, se le acerca mientras Sergio les sonríe a cada una y se recuesta en el sofá grande, ente ambas.

Valeria y Lola le echan un vistazo hasta que, provocando los mínimos movimientos, abandonan el salón. Sergio no les hace caso cuando ellas pasan delante de sus ojos.



Madre e hija se dirigen al dormitorio de la adolescente. Al estar ahí, Valeria se apresura a cerrar la puerta con el seguro.

Después, se recuestan en la cama, Valeria se abraza a una almohada y comienza a llorar en silencio. Lola se sienta a su lado y la mira.

—Perdóname, Lola. Pronto va a acabar esta pesadilla, —susurra—. Lo sé. Es sólo una cuestión de tiempo... Por favor, perdóname.

Lola no le aparta los ojos.

—Tengo miedo, mami.

—Tranquila, nena.

—Tengo mucho miedo... Hoy no es lo mismo. Hoy vino diferente a como viene siempre. Lo sé. Lo pude ver en sus ojos y tengo miedo por lo que nos pueda hacer.

—No te preocupes mi reina. Tú no tengas miedo porque yo te voy a proteger con uñas y dientes. Nunca te dejaré sola. No tengas miedo. Yo te defenderé.

Quedan mirándose a los ojos aunque la flaqueza de cada una va en aumento.

—¿Qué crees que está haciendo ahora? ¿Piensas que se durmió?

—No. No creo. No sé.

Desvía la vista hacia la puerta.

—Tal vez sí se quedó dormido, pero tampoco quiero averiguarlo. Es mejor que nos quedemos aquí.



Sergio está recostado en el sillón grande del salón. Se ha quitado la camisa y a su lado tiene más de medio vaso de *whisky* sin hielo.

Observa el techo, con una mano debajo de la nuca y la otra está cerca del vaso que descansa sobre la mesita de centro.

En ese instante se sienta y mira fugazmente hacia su vaso, pero opta por pararse y mirar cada cosa como si no conociese su propia vivienda.



Valeria y Lola están de pie, apoyadas sobre la puerta, aunque no logran escuchar nada, ningún sonido ni movimiento.

Cansadas de no oír nada regresan a la cama. Del otro lado de la puerta Sergio contempla la misma hasta que se acerca y acaricia la madera del marco.

Algo le hace cambiar de opinión y se retira. Valeria y Lola perciben el sonido de los pasos que se alejan y se miran mientras contienen la respiración.

—¿Entonces estaba aquí?, —musita Lola.  
Su madre asiente.

—Espero que no se le ocurra hacer ninguna locura.

—No. Sé que no lo hará.

—¿Por qué estás tan segura, mami?

—No lo hará, nena. No lo hará. Lo sé.



El hombre acaba su *whisky* y se sirve más. Suena el teléfono que está en una mesita en un rincón del salón y Sergio lo mira hasta que se acerca al aparato.

—Hola, —dice.

—Pásame con mi hija, por favor, —le dice una voz femenina.

—¡¡¡Bueeenoooo!!! ¡En esta casa nadie manda! Nadie saluda y esto, al final, se está transformando en un folladero de gatos<sup>1</sup>, ¿no? ¡Vieja zorra!

Esta es mí casa, ¿entendió, seññora? O, ¿cómo quiere que la llame? Cuando alguien llama a mí casa, por lo menos, tiene la educación y decencia de saludar.

—Pásame a mi hija proyecto de hombre.

—¡Vieja puta mal nacida! ¡Mal follada! ¡Hija de puta! ¿Qué quieres? ¿Hacerme calentar? Porque si es eso, la puta de Valeria ya lo hizo.

Ahora mismo le estaba por decir que me la chupara para ver si me tranquilizo un poco. ¿Qué le parece, suegrita? Dígame.

—Pásame a mi hija si no quieres que llame a la policía.

---

<sup>1</sup> Jerga: Expresión que se usa para indicar mucho desorden, puede ser de cosas materiales o intangibles.

—Yo estoy por encima de la policía, suegrita. ¡No lo olvide usted, señññora!

Por un instante ninguno dice nada mientras Sergio echa una ojeada por sus aledaños.

—¿Escuché bien, suegrita? ¿Va a llamar a la policía porque la puta de su hija no se pone al teléfono? No me haga reír señññora porque en el cementerio la están esperando.

Aparece Valeria y escucha sus últimas palabras. Marido y mujer se quedan mirando hasta que él le acerca el teléfono. Con cuidado ella se pone el aparato en la cara.

—Hola, —murmura.

—Nena, nena, tienes que salir de ese piso cuanto antes. Lo más urgente posible. Antes de que pase alguna desgracia.

—Mamá, no te preocupes. Estoy bien. Sí, estoy bien.

Sergio persiste a su lado y aprovecha para desabrocharse la bragueta y exhibirle sus genitales. Ella cierra los ojos y trata de controlar el llanto.

Él se le acerca hasta que empieza a rozarle diferentes partes del cuerpo con los mismos. Valeria sujeta el resuello, aunque no puede evitar el llanto.

—¿Nena? ¿Nena? ¿Qué te pasa, Vale?

Valeria ha enmudecido.

—¿Estás ahí, nena?

—¡Sí! Estoy aquí, mamá.

Sergio le quita el aparato, la agarra por la nuca y la obliga a arrodillarse. Ella ya no puede sujetar el lloro.

—Suegrita, su nena ahora no puede hablar. Está a punto de chuparme la verga. Pero, no se preocupe porque no pensamos cortar la comunicación.

Deja el teléfono sobre la mesita, sin cortar la llamada y le exige con diferentes gestos a su mujer para que le practique sexo oral.

Ella resiste aunque los golpes que le da su marido son tan agresivos que ya ha empezado a sangrar por la nariz y por la boca.

Valeria, ante tanta impotencia, decide practicarle sexo oral, pero él se sube los calzoncillos y el pantalón, se dirige al sofá grande y se sienta.

Ella queda de rodillas, ensangrentada, gimoteando. Sergio enciende un cigarrillo y mira el suelo. Sorbe otro poco de *whisky* y mira a su mujer. Ella no deja de llorar.

—¡Cállate de una vez por todas!

Ella le echa un vistazo y él señala el teléfono. Valeria se pone el aparato en el rostro y escucha el llanto de su madre.

Esto le provoca mayor incapacidad y corta la llamada. Sergio vira la mirada a su mujer. Valeria, con dificultad, se pone de pie y, oscilante, se retira del salón.



Valeria, agarrándose a las paredes, sigue hasta la habitación de su hija y llama la puerta.

—Lola, soy yo. Ábreme, por favor, —susurra.

La puerta se abre y Lola se sorprende al ver a su madre en semejante estado. La mujer ingresa y se deja caer sobre la cama.

La joven cierra la puerta, se acerca a su madre y se pone a su lado. Valeria le esquiva la vista y Lola no insiste en verla directamente.

—Esto es el fin. Esto tiene que acabar de una manera u otra. No podemos seguir así, nena. Yo pensé que... Esta situación tenía un límite y... No más.

Sus palabras quedan flotando en el aire como una amenaza constante.

—¿Qué piensas hacer, mamá?

Valeria le echa un vistazo y, durante varios segundos, se quedan observando.

—Haré lo que debí haber hecho hace mucho tiempo. Será mejor para todos.

—¿Qué?

Valeria niega levemente con la cabeza.

—¿Estás segura de lo que piensas hacer, mami? ¿No será que luego te arrepientas?

—Nunca estuve tan segura de hacer algo como lo estoy ahora, nena. Nunca.



Sergio pasea con el vaso de *whisky* de un lado para el otro en el salón, hasta que cierra la puerta de salida y se queda con la llave.

Observa a su alrededor mientras termina la bebida. Arroja violentamente el vaso contra una de las paredes y queda mirando lo que ha provocado.

Emprende camino por el pasillo y llega a la habitación de Lola. Ahí mira detenidamente la puerta y se acerca con mucho sigilo.

Enseguida se pone de lado contra la madera, aunque no puede escuchar nada de lo que sucede en el interior del dormitorio.



Lola mira suspicaz la puerta de su alcoba.

—Estoy casi segura de que está ahí, —musita.

Valeria también dirige la atención hacia ahí y asiente.

—Deberíamos de tener algo para defendernos. ¿Tienes algo por aquí, nena?

Con discreción se ponen de pie y echan un vistazo por los lados. Lola mira debajo de la cama y saca un *bate* de *baseball*. Valeria, al verlo, sonrío y lo agarra.

—Con esto estaremos más seguras, nena.

Las dos se sorprenden porque ha comenzado a golpear la puerta reciamente. Las mujeres se miran una a la otra, hasta que se retiran un poco.

La mujer agarra el *bate* como preparándose a golpear. La puerta empieza a recibir patadas y madre e hija miran impotentes como la puerta, poco a poco, cede.

Sergio da otra patada para terminar de hacer su trabajo y, en ese momento, encuentra a Valeria y a Lola una al lado de la otra.

Ambas están aterradas. Valeria, con el *bate* en la mano en posición de ataque y, su marido, al verla, no duda en burlarse.

El hombre ingresa y rota la mirada de una a la otra. Las respiraciones de las mujeres se agitan mientras la de Sergio es tranquila.

—¿Qué es lo que piensas hacer mi querida esposa con un *bate* de *baseball*? ¿Jugar?

Él resopla y sonrío.

—No creo. Siempre fuiste mala jugando. ¿Atacarme? No te dan los huevos ni para matar a un mosquito... mucho menos para atacar un hombre.

Sergio comienza a reírse sarcásticamente hasta que se acerca un poco más a su mujer y a su hija. Las mujeres aumentan su nerviosismo.

Él sigue sin camisa y apoya los pulgares en el cinturón de su pantalón oscuro, sin dejar de girar la mirada de una a la otra.

—Es mejor que te vayas y que nunca más volvamos a verte. Por favor, Sergio. De verdad te lo digo. No compliques más las cosas de lo que ya están.

—No.

—Estás teniendo la oportunidad de escapar. Hazlo. Hazlo por tu bien porque sé que te vas a arrepentir de todo lo que estás haciendo. Y luego...

Y luego será tarde para todo tipo de arrepentimiento. Te lo digo por tu propio bien, Sergio. Vete. Desaparece de nuestras vidas para siempre.

Él persiste impassible sin apartarle la vista.

—¿Me estás aconsejando o me estás amenazando? ¡Lo único que me faltaba en esta vida! Que alguien como tú me venga con consejitos o, peor aún, con amenazas. ¡Es de locos!

—A mí no me vas a poner un dedo encima nunca más. Oíste bien, ¿no? ¡Nunca más!

Sergio se hace el sorprendido y abre la boca sin exteriorizar ningún sonido.

—¿Qué es lo que te garantiza que no lo haré, querida esposa? ¿Acaso me vas a detener con un *bate* de *baseball*? No, nena.

Esto es un chiste, ¿o no? Yo contigo hago lo que quiero, cuando se me dé la gana y nada ni nadie me van a detener. ¿Te queda claro?

—No. La verdad es que no. Te garantizo que... Que te vas a comer tus palabras una a una. Hace una pausa y agrega llena de ira.

—Sí. Te lo garantizo que te las vas a comer... Él hace un movimiento como que se le acercará más y Valeria no duda en golpearle furiosa con el *bate*. Sergio, extrañado, cede, y se deja caer al suelo.



Madre e hija, confusas y asustadas, huyen. Salen corriendo mientras Sergio mira para el lado en el que emprendieron y empieza a reírse.

Con dificultad se pone de pie y emprende la marcha a la puerta de la habitación. Desde ahí se dirige a la puerta de enfrente e ingresa en la alcoba principal.



Valeria y Lola llegan a la puerta de salida e intentan abrirla, hasta que comprueban que está cerrada con llave. Nulas, se miran y no saben qué hacer. Aparece Sergio por la puerta del pasillo y las mira risueño. Las mujeres desvían los ojos hacia él con cuidado. Él les sonríe ampliamente.

—Mami, ¿qué hacemos?, —pregunta abatida.

Valeria la mira, sin saber qué hacer y Sergio se les acerca sin perder la sonrisa.

—¡Chicas! ¿Qué les parece un trío? Una maravillosa idea, ¿no?

Las mujeres se miran sin dar crédito de lo que oyen.

—Es mejor que te vayas, Sergio. Por favor. ¡Es mejor que te vayas! ¡Va a ser mejor para todos! ¡No compliques más las cosas de lo que ya están!

—Calla, zorra.

—Recapacita. Te vas a arrepentir de todo esto y después será demasiado tarde... Hazme caso, por favor. Vete cuanto antes de aquí.

—Y tú hazme una mamada. ¡Te vas al coño de tu madre con tus consejitos maldita hija de puta! ¿Te queda claro, *baby*?

Durante varios segundos nadie dice nada, pero la calma incomoda más de la cuenta.

—¡Vete, vete!, —dice Valeria a su hija—. ¡Enciérrate y, a menos que sea a mí, no abras la puerta! ¿¡Entendiste bien?!

Lola huye y Sergio la mira desafiante y burlón.

—¡Qué golosa que eres! Mira que tengo leche suficiente para las dos... y todavía me sobra.

—¡¿Por qué no te vas a la mismísima mierda?! Pedazo de hijo de puta...

—Hazme una mamada... que ni eso sabes hacer.

Otra vez se desafían con la mirada, donde cada una echa chispas como si fuesen centellas.

—¡Hazme una mamada maldita hija de puta! Así, al menos, vas practicando, ¿te parece una buena idea? Valeria no se inmuta y Sergio saca una pistola que lleva en la parte posterior del pantalón, y le apunta. Ella suspira y retrocede. Él sonrío.

—Hazme una mamada o te mato ahora mismo, —susurra, vocalizando exageradamente—. ¿Entendiste?

Valeria empieza a llorar, quitándole la paciencia a su marido quien no duda en darle una fuerte bofetada y ella vuelve a sangrar por la nariz.

Finalmente, la mujer se arrodilla mientras Sergio se desabrocha la bragueta, sin dejar de rozar la pistola por el cuerpo de su mujer.

Cierra un instante los ojos y, en ese instante, le muerde los genitales. El hombre, pasmado, se retuerce de dolor y ella aprovecha para escabullirse.

Sergio se mira el bajo vientre y comprueba que está sangrando. Esto aumenta su enfado. Vuelve a acomodarse la ropa y se dirige al pasillo.

Mira las puertas que hay cerrada hasta que se decide por la de la habitación principal. Intenta abrirla y descubre que la misma está cerrada.

Entonces, saca la pistola y dispara sobre la cerradura hasta que la puerta se abre. Ahí localiza a su mujer y a su hija en un rincón, aterrorizadas, llorando en silencio.

—Ya se acabó el juego chicas...

Las mujeres hacen oídos sordos ante estas palabras.

—¡Si vas a hacer algo, hazlo ya mismo!, —la voz de Valeria es una súplica—. ¡Pero deja de estar dando tantas vueltas como lo estás haciendo!

—No, no, no. Todo a su debido momento. No antes. No después. Tiene que ser en el momento justo.

—Mira que te queda poco tiempo...

Su marido la mira.

—¿De qué estás hablando? ¿Para qué me queda poco tiempo?

—Llamé a la policía. En cualquier momento van a venir y sé que te vas a arrepentir.

—¿De qué mierda estás hablando, maldita, si yo estoy por encima de los pitufos?! ¿O te olvidaste de eso también?! ¡Yo estoy por encima de los pitufos!

—Da igual. La policía llegará en breve.

—No, no. Los pitufos nunca llegan. Ellos se pasan el día rascando las pelotas. Eso es lo que hacen. Además, sé que no llamaste a nadie.

—Sí que lo hizo, —murmura Lola.

Sergio se abstrae de la realidad hasta que suena el teléfono que está en una de las mesitas de noche. Todos lo miran. Valeria se acerca con la intención de atenderlo.

—¡Ni se te ocurra... o te mato!, —le dice él.

Valeria regresa sus pasos y Sergio se les acerca lentamente. El nerviosismo de su mujer y de su hija va en aumento.

Él sonríe y, al estar más cerca, le da una bofetada a Valeria que la hace perder el equilibrio y caer. La mujer empieza a sangrar.

Al estar Valeria en el suelo, semiinconsciente, agarra a su hija por los hombros y, a pesar de que ella intenta resistir con patadas y puñetazos, la acuesta en la cama.

Tampoco duda en darle un fortísimo manotazo que también la hace sangrar. Sergio desnuda a la fuerza a Lola mientras Valeria yace en a la deriva.

El hombre manosea por todas partes a la joven y, como se resiste, saca su pistola y le apunta en la cabeza mientras aguanta el aliento.

Lola, al tener contacto con el arma, trata a tranquilizarse y la mirada de su padre no hace más que intimidarla. Ella cierra con fuerza los ojos.

La joven ingresa en un abismo cuando su padre empieza a violarla. Las lágrimas se mezclan con la sangre y ella, resignada, resiste abrir los ojos.

Valeria, poco a poco, sale de su estado y se incorpora con dificultad, se para y se da cuenta de lo que sucede. La incredulidad se instala en ella como un tatuaje.

Durante varios segundos la mujer queda paralizada, realmente conmocionada, sin dar crédito de la situación y sin reaccionar de ninguna manera.

El hombre sigue violando a la joven, sin darse cuenta de que su mujer lo mira. Finalmente, queda tendido sobre la adolescente.

Valeria mira para todos lados y encuentra, sobre el suelo, la pistola que tenía Sergio. Ella, con discreción, no duda en agarrarla y apuntarle.

—¡Eres la peor basura que puede existir en el universo!, —le dice—. ¡Eres lo peor de lo peor, maldito hijo de puta! ¡Te arrepentirás!

Él sonrío de lado.

—Mira que hay leche para ti también. Pero no puedes competir con lo buena que está esta niñata.

—¡Ponte de pie ya mismo! ¡Y no me hagas calentar más de lo que ya estoy!

—¿Qué? ¿Ahora me vas a dar órdenes? No te equivoques conmigo, ¡puta!

—¡Te lo advertí, basura de mierda, malnacido, defecto de la naturaleza!

Le dispara en una de las piernas. Él, que no se esperaba esto, se retuerce de dolor y se deja caer sobre el suelo, sin creer lo que le pasa.

—¡Puta! ¡Eso es lo que eres! ¡Maldita envidiosa... no puedes competir con la piba!

La mujer no duda en dispararle sobre la otra pierna y no le aparta la atención del rostro.

—Por cada insulto que digas recibirás una bala. ¿Te quedó claro maldito malnacido?



Lola está hecha un ovillo, totalmente frágil y llora en silencio. Valeria la mira resignada, sin saber cómo consolarla. Sergio sigue cada movimiento de su mujer.

—Termina de matarme... Termina de matarme... Por favor... No seas tan hija de puta y mátame. Márame. Ella lo mira.

—No. Primero vas a sufrir... Mucho... Sí, mucho.

—No, no. Por favor no.

—Lo que le hiciste a Lola merece que agonices mucho todavía.

—No, no.

—Esto es el inicio. Antes de que pases al infierno vas a retorcerte de dolor como la peor serpiente que eres. Es lo que mereces.

—¡Mátame!

Sus palabras quedan impregnadas en esa atmósfera cargada de dolor y sufrimiento como una constante amenaza.

Valeria domina las lágrimas y la furia mientras, de vez en cuando, le echa un vistazo a su marido que continúa agonizando.

—Mátame... Por favor, mátame. Ya no aguanto...

Valeria le muestra la pistola y le dispara, esta vez en un brazo. Sergio, a medida que pasan los segundos, se retuerce más de dolor.

La mujer, cada vez que le mira, lo hace con más asco. Valeria ayuda a su hija a arreglarse la ropa y a ponerse de pie. La joven está minimizada y le evita la mirada.



Valeria y Lola se sientan en el sofá grande del salón. La mujer echa un vistazo alrededor y descubre los restos de cristales que hay en el suelo y la botella de *whisky* que descansa sobre la mesita de centro.

Ella, bastante fuera de lugar, aún sostiene el arma con fuerza. Su mirada dura y desencajada confirma que su estado es peor del que aparenta.

—¿Qué es lo que pasará ahora conmigo, mami?

—No sé, nena. De verdad, no sé.

—¿Qué es lo que haremos?

—¡Ojalá que lo supiera! Pero... Pero no tengo la menor idea de lo que va a pasar de ahora en más.

—¿Y si nos vamos antes de que aparezca?

—¡Si aparece te aseguro que lo termino de matar! De eso que no te quepa ninguna duda, Lola. Ése no pasa de esta noche.



Sergio continúa pereciendo. A pesar de ello, se arrastra como una serpiente quemada buscando algo que no logra encontrar.

Aparece Valeria en la puerta y le observa. Él, al darse cuenta de su presencia, la mira con los ojos llorosos y ella lo hace con desprecio.

—¡Termina con lo que empezaste! Mátame... ahora mismo... ya no aguanto más... por... porque ya no aguanto más... por favor...

—Maldito, aún debes sufrir... mucho.

—No...

La mujer le dispara en un brazo y él emite un grito desgarrador que la hace estremecer.



Valeria regresa al salón y queda un minuto de pie, sin saber qué hacer. Sin embargo, el llanto de su hija, a pesar de ser silencioso, la sensibiliza.

Se le acerca y reprime el deseo de agarrarle las manos. Sin embargo, con sigilo, se sienta en el borde del sofá y aguanta la respiración varios segundos.

—¿Qué es lo que pasará ahora conmigo, mami?

—Tranquila, nena.

—Me arruinó... ¡Dios!, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué? ¿No se dio cuenta de que me arruinaría la vida?

—Lola, es mejor que no pienses en eso... Es mejor que no pienses en nada. Mira, ahora prepararemos la ropa que necesitamos y vamos a un hotel.

—Mami, no se lo digas a la abu.

—¿Pero...?

—No lo hagas. Bueno, en realidad, no se lo digas a nadie. Por favor. Esto nunca pasó. De esto nunca más hablaremos. ¿Está claro?

Valeria, asombrada, no deja de mirarla.

—Yo creo que vas a necesitar ayuda de mucha gente, Lola. Y la abu tiene que saberlo...

—¡No y no! Mami, esto nunca pasó. ¡Nunca!

Valeria quiere decir algo más, pero sus palabras quedan ahogadas en su interior como si le faltase aire y la expresión de Lola es una auténtica súplica.

—Oh, no.

—No lo pienses, nena.

—Ya me arruinó la vida.

—Tranquila.

—Ahora no puedo hacer nada contra eso.

—Tranquila, nena.

—Quiero... Quiero que esto no lo sepa nadie, absolutamente nadie, ni siquiera la abu. Por favor.

Valeria queda asintiendo levemente hasta que suspira.

—Vamos a juntar lo que necesitamos e irnos, — rompe el silencio la madre.

—Ve tú. Yo no tengo ganas ni de acercarme ahí.

—Está bien. Espérame aquí que no tardaré.

Valeria se para y queda estancada a mitad de camino.

—Mami, —ella le mira—, ¿cabe la posibilidad de que esta sea una pesadilla?

—Ay, nena. Ya me gustaría a mí.



Lola se cubre el rostro con las manos.



Valeria se dirige al cuarto de Lola aunque, antes de entrar, ingresa en su alcoba. Ahí está su marido que la mira con ojos llorosos, retorciéndose de dolor.

—Aún te queda mucho para sufrir, maldita basura. ¡Maldito hijo de puta! ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu hija? ¡No tienes perdón de Dios... ni de nadie!

—Mátame. Por favor, mátame.

—No, ni lo sueñes.

—Mátame.

—El trauma que le causaste a Lola no lo va a olvidar nunca aunque te dé con una bala en la cabeza. Te mereces esa agonía y más. ¡Maldito hijo de puta!

—Quiero morir, —musita.

—Lo sé, pero aún no.

—Por favor, mátame.

—Tranquilo que ya estás muriendo...

—No, no. Ya no aguanto más.

—Nunca te acompañó la virtud de la paciencia y hoy la necesitarás más que nunca.

—¡Noooooo!, —su grito hace eco en las paredes.

—Creerán que te pasa algo... Sin embargo, por primera vez, me alegraría que algún vecino viniese... Sería un poco raro, ¿no?

Yo ya sé que cuando grito parece que nadie se entera... Ya sabré que si ahora viene alguien, debe de ser porque a ti si te han escuchado.

—Mátame, —susurra—, mátame, mátame...

—No insistas porque no lo haré.

—Por favooooooooor.

—No.

## Dos meses después

El viento sopla con fuerza y los nubarrones oscuros han invadido y cubierto la ciudad de forma amenazante.

Los pocos transeúntes que todavía andan por las calles se desplazan casi corriendo, sin dejar de mirar el cielo encapotado.

En un piso de enormes ventanales de madera que se ubica en la calle Arenal Grande y Colonia, Lola se observa en el espejo del baño con los ojos llorosos.

La puerta está entreabierta, Valeria ingresa de la forma más discreta que puede y clava los ojos en su hija en el instante en el que contiene la respiración.

Lola sigue llorando, sin dejar de mirarse, y ahora las lágrimas se intensifican de forma desesperante. Valeria no le aparta la vista porque nada entiende.

—Nena, ¿qué te pasa?

Lola la ignora y Valeria no le quita la mirada. De repente, la joven se da media vuelta y le busca los ojos a su madre. Mirándose duran varios segundos.

—¿No te das cuenta aún, mami?

Valeria, atrapada fuera de juego, es castigada por la realidad como una fría brisa y la mirada de la joven no da lugar a dudas.

—No puede ser...

Lola asiente con pesadez.

—No puede ser que me esté pasando esto a mí, mami, —interrumpe el silencio Lola.

Sin dejar de mirar a su hija, la mujer empieza a negarlo pero Lola asiente. Ambas están pasmadas y a Valeria se le humedecen los ojos. Lola no ha dejado de llorar.

—¿Qué hago, mami? Dime, ¡¿qué hago?!

Valeria ha empalidecido. Lola se retira del baño. Su madre le da lugar, porque ella misma no sabe qué hacer, hasta que se acerca al espejo y queda observándose.

¡Te odio bastardo!, —dice entre dientes—. ¡Juro que te odio con todas mis fuerzas! ¡Sólo espero... que te estés pudriendo en el infierno maldito malnacido!

Valera suspira.

No puede ser... ¡Dios! Dame una mano, por favor. Que sea una falsa alarma. Ya tuvimos demasiado con todo esto... Oh, no.

Por favor. Ayúdanos. Ayúdame. No me dejes sola en estos momentos que... ¡Mierda! ¡Maldita sea! Pero... No sé qué hacer. No puede ser...

Necesito de tu ayuda y de quién sea porque... esto no puede ser verdad, no. No lo voy a aguantar yo ni, mucho menos, mi hija.

Las lágrimas se le intensifican a tal punto que se le nubla la vista y ya nada le importa.



Valeria se inmoviliza en la puerta del dormitorio de Lola y ahí la encuentra, recostada en su cama, sin dejar de llorar.

Luego de dudar varios segundos se sienta a su lado y le acaricia el pelo con delicadeza. Su hija le busca la mirada y Valeria se estremece al verla tan manguada.

—¿Qué hago, mami? Dime, por favor, ¿qué hago?

—¿Es seguro? ¿No será una falsa alarma?

Lola asiente en el mismo instante en el que se le pierde la mirada en algún punto de la pared y se muerde agresiva el labio inferior.

—Sí. Es seguro.

—¿Por qué dices que es seguro?

—Porque es el segundo mes que no me viene. Y yo siempre soy puntual. Por eso es seguro, mamá. La confirmación de la chica es otro golpe a la mujer.

—Déjame pensar en alguna cosa. Tú eres mi reina y no te voy a dejar sola en esto.

—No tenemos tiempo para pensar...

—Sí. Lo sé, nena. Algo se me va a ocurrir.

—Quiero morirme, mami. Si me llegara a morir ahora mismo sería muy feliz.

—¡No digas eso, Lola! No lo digas, nena. Todo tiene solución en esta vida. Incluso esto tiene solución.

—¿Tú crees que esto tiene solución? ¿A quién vamos a recurrir si esos hijos de puta están por todos lados? ¡No hay forma, mami! No hay ninguna forma...

—Mamá conoce a mucha gente... Yo creo que ella nos podría ayudar...

—¡No, no y no!

—¿Pero...?

—No quiero que la abu se entere de nada. De nada, mami. Ya te lo dije. ¡No! ¡¿Está claro?! ¿Puedo confiar realmente en ti?

—Es por tu bien, nena. Para hacer algo es preciso que ella esté al tanto de las cosas. Mamá es una persona discreta y ella haría cualquier cosa por ayudarte, Lola.

—¡No! ¡No! ¡Y no! A nadie. Ya hice demasiado contándotelo a ti. No quiero que nadie más se entere. Por favor. No sé cómo lo voy a hacer...

¡Ufff! No sé cómo le voy a hacer, pero no quiero que lo sepa nadie. Absolutamente nadie. ¿Me entendiste, mamá? ¡¿Me entendiste?!  
Valeria empieza a asentir lánguida.

—Ya entiendo. Puedes contar con mi discreción. No te preocupes porque no te fallaré. Puedes quedarte tranquila, nena. No te fallaré.

Lola le busca la mirada.

—Mami, creo que es mejor ahora que esté sola.

—Sí. Ya me voy. Pero antes quiero saber: ¿qué es lo que quieres hacer tú?

—La verdad es que no tengo la menor idea. No lo esperaba. No lo acepto. Estoy entre la espada y la pared. Me siento sucia. ¡Estoy sucia! Me siento como una ramera. Necesito estar sola.

—Está bien. Si precisas algo estaré en el salón.

Lola observa retirarse a su madre.



Valeria barre el salón con la mirada sin aceptar la situación que debe enfrentar. Al fin se sienta en el sillón grande y en ningún instante ha dejado de llorar.

Está inquieta en el asiento. Vuelve a ponerse de pie y se dirige a un modular que está enfrente. Del mismo extrae una botella de vodka y, con ella, regresa al sofá.

Abre la botella y bebe un trago de la misma que la hace toser. Luego la deja sobre la mesita de centro unos segundos, pero la vuelve a agarrar y, otra vez, bebe.

Queda con ésta en la mano, indecisa. Pasados pocos minutos se para, sin dejar la botella y se dirige hacia el ventanal.

Con más torpeza de la que quisiera hace a un lado las cortinas y empieza a mirar hacia afuera. La altura que hay es superior a los veinte metros.

Bebe más vodka y regresa la vista hacia la calle. Imagina su cuerpo tendido en el suelo, ensangrentado, mientras la gente hace un círculo para mirarla.

De pronto, regresa a la realidad y cierra las cortinas. Vuelve al sillón y se recuesta. Ingiere más alcohol y deja la botella a su lado, sobre el suelo.

Las lágrimas le salen en menor cantidad, aunque la impotencia y resignación que siente son más que desgarradoras.

Clava los ojos en un rincón del techo mientras se pone una mano en el vientre y la mirada, a medida que pasan los segundos, está más desencajada.

*No puede ser, —susurra internamente—. No es real.*

*No puede ser real. Tiene que haber un error. Es demasiada esta situación como para que una madre aguante... y una hija...*

*Para mi hija... Ayúdame. Ayúdala. Por favor. Si es que ayudas realmente a los necesitados, éste es un buen momento para demostrarlo. No sé qué hacer. No puede ser verdad...*



El viento ha cesado aunque los nubarrones siguen cubriendo la ciudad. Hay una sensación extraña por doquier y nadie anda por las calles.

A la noche, en la céntrica vivienda que comparten Lola y Valeria, ambas están sentadas en los sillones del salón como si estuviesen enfadadas entre sí.

El televisor está encendido, pero no le dan importancia porque cada una está sumergida en su mundo interior mientras los ojos hablan más de la cuenta.

—Mañana voy a ir a recorrer por diferentes partes por si encuentro algo, —interrumpe la voz del televisor que monopolizaba el ambiente.

Lola la mira y su madre no le hace caso.

—No creo que sea fácil. De todas maneras, yo también voy a darme una vuelta por ahí...

—Una vez mamá me dijo que María se había sacado uno porque tomó unas pastillas que había comprado en una farmacia que hay por la avenida Italia.

—Hay mucho para caminar por esa zona...

—Tengo todo el tiempo del mundo. Tampoco es para tanto. Mañana me levanto temprano y recorro todas las farmacias de la avenida Italia.

—A mí se me ocurrió ir a la facultad de medicina...

—Es peligroso ahí, Lola.

—Da igual.

—Mira que ellos son estudiantes y contigo van a experimentar. Además, ahí tienes el riesgo de que más gente se entere.

Lola suspira.

—¿Qué habrá después de la muerte?

—La verdad es que no sé. ¿A qué viene la pregunta?

—Supongo que curiosidad... O no... No sé.

—No pienses en eso...

—Hay veces que, con tantos problemas, una se siente saturada de todo, de todos y bueno, lo piensa, ¿no? Pero... no tengo idea por qué te lo pregunté.

—Todo tiene solución en esta vida. Siempre que llovió, paró.

—La lluvia está inundándome y puede que me ahogue. Tampoco sé nadar contra la corriente. Y... estoy al borde de mis fuerzas, de mis límites y... tengo miedo.

—Lola, de alguna manera lo vamos a solucionar. No pienses en el problema. Piensa en la solución. El resto no importa ahora.

—No es fácil, mamá. Cuando pensé que todo había acabado, ahora me pasa esto...

—Yo estaré siempre a tu lado para ayudarte.



Lola camina, quedamente, con los brazos cruzados, desalentada, por la avenida Bolivia, casi llegando a la avenida Italia.

De vez en cuando mira a su alrededor, pero sin detener la vista en nada. De repente, escucha un violento grito femenino, el sonido de bocinas y un fuerte impacto.

Mira hacia la avenida Italia y descubre que la circulación se ha detenido. Queda mirando mientras los ciudadanos se acercan a la zona.

Lola siente un escalofrío que la incomoda y la asusta demasiado como para perdurar impasible. Por un instante queda paralizada y pierde la noción del tiempo.



## Revancha de la Vida

Al fin, decide acercarse al lugar del accidente y se topa con un cuerpo boca abajo en el suelo. Otra vez pierde la noción del tiempo y las cosas ocurren veloces.

Tiene la necesidad de acercarse más porque algo le llama la atención, pero la policía no le permite avanzar aunque no aparta la vista del sitio.

Lola mira como dos médicos dan la vuelta el cuerpo herido y, en ese instante, reconoce a su madre accidentada.

¿Mamá?, —dice incrédula—. ¿Mamá?

Los policías la miran y no la dejan acercarse. Los médicos introducen el cuerpo en la ambulancia y ésta sale deprisa con las sirenas encendidas.

Lola no deja de llorar, vencida por el dolor y la desesperanza. En el pavimento quedó una gran mancha de sangre al lado del bolso de Valeria.

Lola queda de rodillas mientras los desconocidos la miran. La chica agarra el bolso y se cubre con el mismo el rostro. Ahí distingue un papel.

**María, amiga de Susana**

Ella queda mirando el papel y el llanto le nubla la vista.

Mami... No me dejes, por favor. Mami, no te vayas. Por favor. ¡¡¡Noooooooooooooooo!!!



# **Segunda parte**

## Costa Atlántica Uruguay

2002

Sueños, incertidumbres y valor.

La vida sigue...



Es un día levemente ventoso, el sol luce en el cielo sin que ninguna nube obstaculice su protagonismo y son varios los que disfrutan de su compañía.

Muchas personas han elegido los espacios abiertos para distenderse y la playa de la Atlántida acoge a la mayoría de esa gente.

Cuatro chicos sentados sobre toallas oscuras que contrastan con los trajes de baño claros que, a su vez, resaltan la piel bronceada, están meditabundos.

Sebastián es delgado, moreno blanco, de ojos oscuros, alto, con el físico trabajado de gimnasio, de dieciocho años y es bastante atractivo.

Javier es esquelético, castaño, con el pelo rizado y largo, de ojos claros, bastante alto, de diecinueve años y muy buenmozo.

Nicolás también es castaño, de cabellos rizados y cortos; de ojos claros, chupado, más bajo que sus amigos y apuesto. Brian está consumido, moreno con el pelo corte cepillo y de ojos oscuros.

Javier se pone de pie y empieza a observar a su alrededor donde hay abundante gente en la playa, y las olas en el océano ahora son bastante grandes.

Se acerca hasta la orilla hasta que sus pies tienen contacto con el agua y queda mirando hacia el mar adentro.

Sebastián también se para, le observa hasta que se le acerca y se pone a su lado. Javier le es indiferente y ambos quedan mirando las agitadas olas del Atlántico.

—Creo que es el momento de ir pensando en qué es lo que haremos, ¿no?, —comenta Javier.

Sebastián, durante varios segundos, sigue con la vista perdida en el horizonte hasta que le busca la mirada. Su amigo no le corresponde y regresa la atención al agua.

—¿Qué quieres decir con eso, Javi?

Javier echa un vistazo a la redonda.

—¿No te das cuenta, Seba? ¡Es ahora o nunca! Ya tengo casi veinte años, todos tenemos casi la misma edad y, ¿qué estamos haciendo de nuestras vidas? ¡Ya estoy harto de esto! ¿Ahora entiendes qué quiero decir? Su amigo queda reflexionando.

—¿Y qué es lo que se te ocurre hacer?

—Lo mismo que está haciendo todo el mundo: irnos. Desaparecer de aquí. Borrarnos de una vez por todas de este país de mierda que, cada vez, está peor.

Sebastián le mira confuso y ahoga un suspiro, aunque Javier no le da importancia.

—¿Irnos? ¿A dónde? ¿Por qué? ¿Estás seguro?

—¿A dónde? A los Estados Unidos. A Canadá. A Australia. A Europa. No sé. Pero lugares sobran, ¿no?

—No hablarás en serio, ¿o sí?

—Tú, ¿qué crees? Con esto no se bromea.

Avanza unos pasos más hasta que empieza a nadar entre las olas enfurecidas del océano. Sebastián le mira para luego desviar los ojos hacia sus otros amigos.

Brian y Nicolás se han acomodado mejor debajo de la sombrilla y se han puesto a comer galletitas y, de vez en cuando, les echan un vistazo.

—Nico, ¿tú te vas a bañar?, —le pregunta Brian.

—No. Hay muchas olas. Javi está loco.

Brian sonrío.

—Nico, Nico. Me sorprende que digas eso tú, precisamente. Si hemos hecho cosas más locas...

—Pero yo no me pienso bañar.

Nicolás suspende la vista en Sebastián que acaba de detenerse a mitad de camino, entre ellos y el agua.

—¿Qué le pasa al Seba? Lo veo apagado...

Brian mira firme a Sebastián.

—Debe de estar indeciso entre entrar al agua o no.

—No. No creo que sea eso.

—¿Por qué lo dices?

Nicolás se encoge de hombros como respuesta.

—¡Seba! ¡Seba!, —llama Nicolás.

Él se da la vuelta y se les acerca, sentándose a un lado en lo que queda de sombra debajo de la sombrilla.

—¿Qué pasa, Nico?, —pregunta Sebastián.

—Cómo te vi ahí me pregunté si te pasa algo.

Queda un segundo asimilando la pregunta. Brian y Nicolás se dan cuenta de que algo más sucede aunque procuran ser discretos.

—Javi ahora... No entiendo. ¡Está loco! Acaba de hacer un comentario como que tenemos que irnos ahora que somos jóvenes.

—¿Irnos?, —dice Nicolás—. ¿Dónde? ¿Por qué?

—No le entendí bien, —expresa Sebastián—. Habló de Los Estados Unidos, de Europa. Lejos de aquí.

—Yo también he pensado en esa posibilidad, —indica Brian.

Nicolás y Sebastián le fulminan con la mirada.

—Sí, —ratifica—. Lo he pensado. Javi tiene razón.

—¿De qué hablas, Brian?, —pregunta Sebastián.

—Tenemos que hacer algo productivo con nuestras vidas, ¿no? Creo que es el momento adecuado para hacerlo ahora que somos jóvenes.

Llega Javier mojado y los tres le quedan mirando. Él se sienta a un lado y rota la vista de uno a otro.

—¿De qué hablan?

—Algo productivo deberíamos de hacer con nuestras vidas, ¿no?, —responde Brian.

Javier asiente.

—Yo creo que sí. Y este es el momento adecuado. ¿Les parece mal?

—No lo había pensado, —revela Nicolás.

—Esto no hay que pensarlo en exceso, —replica Javier—. Debemos buscar un lugar para ir y comenzar de nuevo, de cero, a como dé lugar.

Tenemos que encontrar un país que nos ofrezca más posibilidades que este. ¡Si vamos a esperar que las cosas cambien aquí, es como creer en los Reyes Magos!

Ninguno de nosotros tiene nada que perder. Entonces, ¡qué más da! La vida es una aventura y yo estoy dispuesto a explorarla.

Los chicos se miran unos a otros más de una vez. El viento sopla, agita los pelos y la sombrilla amenaza con salir disparada de un instante para el otro.

—Y, ¿de dónde conseguiremos la pasta?, —pregunta Sebastián.

Sus amigos le quedan mirando. Javier se para, alisa y limpia una toalla que hay en el suelo y se acuesta sobre ella boca abajo.



—Podríamos beber una cerveza. De vez en cuando es bueno alimentar el espíritu, —sugiere.

—Más tarde, —dice Nicolás—. Aquí son caras.



Cae la noche y el crepúsculo es increíblemente bello en la playa como para serle indiferente. El silencio sólo es alterado por el ruido de las olas.

Javier y Sebastián, ahora visten bermudas y camisetas, sentados sobre unas rocas, contemplan la caída del sol, embelesados.

—Yo lo único que tengo es a ustedes, —indica Javier—. Nunca supe nada de mi vieja, de mi viejo, ni de ningún pariente. Sólo me criaron las monjas y bueee... Sebastián entrecierra los ojos.

—Todo tiene un límite, ¿no? Todo bien con ellas, pero cuando me di cuenta de mi situación ahí adentro, lo primero que hice fue borrarame.

Sé que ellas me dieron todo lo que pudieron, que se desvivieron por mí, pero... No sé, fue raro cómo me sentí cuando me di cuenta de por qué estaba ahí.

—Te entiendo.

—Y estos días, precisamente, me he puesto a pensar y a pensar y me dije: aquí tengo mínimas posibilidades de progresar.

En la tele vienen pasando historias de que afuera se vive mejor. Y de ahí aumentaron mis ganas por irme. ¿Me entiendes a lo que quiero llegar?

—Ajá.

—Aquí no se puede aspirar a nada más que un trabajo de mierda, a menos que les andes chupando la polla a esos hijos de puta que nos manejan como títeres.

Sebastián asiente, Javier se para y observa la caída del sol. Su amigo hace lo mismo y ambos quedan mirando el horizonte. Con la noche casi encima inician la retirada.

—Es verdad el razonamiento que haces, Javi. Todos estamos más o menos igual. Nadie tiene nada que perder. Somos jóvenes. Hay que arriesgarse. Siguen caminando.

—¿Te queda algún porro, Seba?

—No. El último que tenía le di a Brian y no compré más.

—¡Ya estoy harto de andar siempre contando las monedas hasta para un triste porro! ¡Es humillante esta vida! Tendría que aparecernos algún trabajito de los que nos da el argentino para ir tirando mejor.

—Desde fines del invierno no da señales de vida. Tal vez lo agarraron con alguna de sus jugarretas y la quedó.

—No... No creo.

—No sé.

—El argentino es intocable. Ese tiene contactos hasta en el infierno. No creo que alguien se atreva a tocarle. Debe de andar en algún negocio fuerte como para que se desaparezca por tanto tiempo...

—Puede...

—Sí. Ése es así. El argentino la tiene más clara que el agua. Cuando nosotros vamos, él ya fue y vino varias veces, y va de nuevo...

Cada uno se enciende un cigarrillo.

—¿Cómo hacemos para conseguir unos cinco mil dólares?

Sebastián lo mira sorprendido.

—¿Para qué? ¡Es mucha pasta!

—¿Y para qué va a ser, papá? Para los pasajes. Ya sé, ya sé. Estamos en temporada alta. Tenemos que ir a Punta del Este. Ahí está la pasta.

—Como si Punta fuese a estar al alcance de nuestros bolsillos.

—No. No es eso. No seas gilipollas. Tú sí que no entiendes nada. Agarras menos que antena de goma.



Poco a poco la noche gana liderazgo y algunas estrellas ya se empiezan a visualizar en la lejanía en minúsculos puntos.

Brian y Nicolás, absortos, están sentados en unas sillas bajas de lona, en el jardín de la entrada de una casa baja de la costa atlántica.

Los chicos tienen el torso desnudo y las latas de cervezas descansan sobre sus pies. Entre ambos hay un espiral<sup>2</sup> encendido.

—¡Putita vida que la parió y que se encaprichó con nosotros!, —expresa Brian entre dientes.

Su comentario hace que el silencio sea más intenso aún.

—¡Ya estoy harto de esto! ¡Harto! No sé por qué mierda mi vieja no me abortó. Si hubiese sabido lo complicado que es sobrevivir en este puto mundo yo mismo hubiese hecho todos los esfuerzos para morir antes de nacer.

—Tranquilo, Brian.

—Parece que, a cada segundo, las cosas se complicasen más. Es de no creer, pero es así. Sin embargo, es lo que nos tocó vivir.

---

<sup>2</sup> Químico que se usa para espantar, a través del humo, a los mosquitos.

—Tal cual. Pero... Ahora estamos en este mundo vivitos y coleando. O sea, no nos queda más remedio que bancarnos lo que nos tocó.

Las cosas son como dice la canción de Callejeros: *la vida me la regalaron. La muerte en cuotas la voy pagando...* Es de locos esto...

—¡Pues no! No lo acepto. No lo acepto ni lo pienso aceptar nunca. ¿Por qué debería de aceptarlo? Ya estoy cansado de esto.

—Brian, ommm. Ommm...

—Con tal de tener pasta soy capaz de cualquier cosa. ¡Sí, sí, de cualquier cosa, de lo que sea! De vender mi alma al diablo incluso.

Nicolás lo queda mirando mientras Brian se ha sumergido en su mundo interior. Pasados varios minutos Brian se levanta y echa un vistazo a Nicolás.

—Debemos idear un plan que nos conduzca a la pasta rápida y fácil. Sí. Tiene que ser fácil y rápido. Pero, ¿cómo?

Nicolás queda reflexionando y Brian no le quita la mirada. Finalmente, Nicolás también se para y salen caminando rumbo a la carretera.

La noche ya es intensa y, en ese instante, ven que llegan Javier y Sebastián. Los cuatro quedan de pie mirándose unos a otros.

—¿A dónde iban?, —pregunta Javier.

—A dar una vuelta. ¿Vamos?, —responde Brian.

Los cuatro inician el rumbo lentos, como si fuesen contando los pasos, por el camino paralelo a la calle.

—Tenemos conseguir pasta cuanto antes y, para eso, debemos idear un plan, —rompe el silencio Brian.

—Con Seba estábamos hablando de lo mismo, — revela Javier—. Le decía que ahora estamos en temporada alta. Bien podríamos ir a Punta.

—¿A Punta?, —pregunta Brian, escéptico—. ¿A currar de qué?

—¡Currar, currar!, —ironiza Javier—. Currar no es el término pero, ya se darán cuenta a lo que me refiero.

Las miradas brillantes se cruzan unas a otras en la oscuridad que les rodea.



Avanzada la noche, en el baño de la discoteca CTL-Dance de la playa del Sauce, Javier, junto a otros chicos, mientras el humo de varias sustancias se mezcla, inhala algo ajeno a lo que provoca su actitud.

Luego se mira en el espejo. El joven tiene la mirada dilatada. Sale de ahí sin importarle empujar a la gente, pero nadie dice nada. En la puerta Brian lo espera.

Al llegar, Brian se dirige hacia un rincón y su amigo lo acompaña. Ambos se sientan en unos sillones que hay en una zona bastante oscura.

—¿Te quedó algo, *man*?, —dice Brian al oído.

Su amigo lo ignora y Brian le mete mano en los bolsillos. Javier ni se inmuta, hasta que Brian halla algo.

—¡¡¡Necesitamos pasta!!!, —grita Javier.

Hace una pausa y agrega con la voz contenida.

—Y aquí adentro hay mucha... ¡La gente se la gasta a baldes! Más de lo que podríamos imaginar. No sé si arriesgarme ahora... O esperamos para ir a Punta...

—Hay muchos nacas<sup>3</sup>. No es un buen lugar. No vale la pena arriesgarse tanto ahora...

---

<sup>3</sup> Jerga: Despectivo para referirse a la policía. Canas dicho con las sílabas invertidas.

Echa una mirada al frente y menea la cabeza.

—Espérame que ya vengo. No te muevas.

Brian se retira y Javier queda solo. Para ponerse más cómodo se recuesta en el sofá. Llega un policía y Javier no se da cuenta.

El hombre le comienza a dar pequeños golpes en el rostro hasta que el joven se incorpora. Le hace pararse, le cachea y no encuentra nada sospechoso.

Regresa Brian, descubre al intruso acompañando a Javier y opta por permanecer en un rincón observando al funcionario, y todo lo que le rodea.

Cuando el inoportuno se retira, Brian hace acto de presencia mientras mira cauteloso por los alrededores hasta que se sienta al lado de su amigo.

—¿Qué te preguntó el botón<sup>4</sup> hijo de puta?

Javier asiente mientras contiene la tentación de risa que le vino de repente.

—Hubo una denuncia... y están como locos. Alguien los vendió y están controlando a todo el mundo.

—Javi, debemos irnos cuanto antes.

Brian se para y espera a que Javier haga lo mismo.



Al estar en el exterior de la discoteca CTL-Dance, ambos han desnudado el torso y las camisetas las llevan sobre el hombro.

Enseguida verifican que los coches de policías, cada vez, son más numerosos. A pesar de todo, están conscientes de lo que sucede en el ambiente.

—Aquí algo más pasó, —indica Brian—. No creo que haya sido sólo por drogas esto.

---

<sup>4</sup> Jerga: Despectivo para referirse a la policía.

Javier no dice nada y regresa la vista a la discoteca.

—¿Tú tienes mis cosas?, —le pregunta Javier.

—Creo que me queda algo...

—¡Mierda! ¡Necesitamos más!

Javier ríe a carcajadas, desentonando con la templanza del lugar. Se ríe tan indiscreto que Brian lo empuja. Sin embargo, así como empieza, acaba.

Luego se pone a mirar hacia arriba como si estuviese hipnotizado observando las estrellas que iluminan esa noche clara.

—Mira, —dice Javier—. Allá está la casa que quiero comprarme. ¡Sí, sí! Allá está. La primera que aparece al lado de la luna. ¿Ves cuál es?

Brian lo mira incrédulo hasta que empieza a reírse.

—¡Estás fumado, macho!, —dice entre risas—. ¡Qué mal te sienta eso! ¿Cómo te vas a comprar una casa en el cielo si todavía no hicieron un ascensor tan alto? Sí que estás loco. Y fumado.

Regresa el silencio y quedan contemplando el firmamento. Parece, incluso, que han dejado de respirar y siguen avanzando.

A lo lejos viene un automóvil de la policía. Los chicos siguen su rumbo y el vehículo se quiere detener pero no lo hace porque obstaculizaría el paso de un camión.

El coche sigue su camino y ambos, simultáneamente, comienzan a reírse de nuevo. Javier se inmoviliza y mira hacia arriba.

—Mi casa va a estar junto a la de James. James es un maestro. ¡James es mi ídolo! ¡James es el mejor!

Brian queda reflexionando.

—¿James aún vive?

Javier lo mira con bronca.

—¿No te estoy diciendo de que mi casa va a estar junto a la de mi amigo James?! ¡¿O estás sordo?! El caos de Brian es evidente y opta por el mutismo.

—Dame lo que te queda, —dice Javier.

El mensaje tarda varios segundos en asimilarse hasta que Brian busca en sus bolsillos, encuentra un pequeño paquetito y se la da.

Javier la agarra, la huele y se sienta en el bordillo de la acera. Brian también lo hace. Javier rompe el paquetito y lame el plástico con devoción.

—Déjame un poquito, —pide Brian.

Javier lo ignora.

—¿Dónde está Seba?

Brian levanta y baja los hombros.

—¿Y Nico?

Brian hace el mismo gesto anterior.

—Ni idea.

Brian echa un vistazo por los alrededores hasta suspender la vista en la luna que luce espléndida.

*Veo gatos de colores con collares de diamantes. Veo perros en mi plato y en los del viejo de la bolsa. Oh, sí. Oh, sí. Esto es así. Es otro comenzar. Oh, sí. Oh, sí. Es otro comenzar.*

*Mamá quiere que duerma. Papá me va a golpear. Yo les mando a la mierda. ¡Esto sí que es gozar! Esto es la libertad.*

*¡Libertad, libertad, libertad!*

Brian lo mira.

—¡Cállate, gilipollas!

Javier le es indiferente y continúa recitando sus versos.





La noche sigue avanzando, la oscuridad desinhibe a la gente y varios trabajos bien remunerados se hacen en habitaciones privadas.

En la alcoba de un chalet de auténtico lujo de la zona de José Ignacio, donde los colores claros se imponen, y las pocas luces encendidas crean una atmósfera serena y acogedora, Lola destaca como una reina egipcia.

Ella, que luce una melena larga hasta la cintura, un físico voluptuoso pero no exagerado, con los pechos al aire y vistiendo *colales*<sup>5</sup>, le hace masajes a un hombre mayor. La joven no disfruta de su trabajo, si bien la rodea un sitio armónico y relajado, no goza de su tarea, no obstante, el veterano está paralelo a la realidad.

—Lara, sí que eres buena. ¡Muy buena! ¡Tienes unas manos hermosas que me erotizan, mmm!, —dice el hombre con un marcado acento anglosajón.

—Gracias, —musita ella.

—Ojalá que todas las mujeres de tu tierra tuviesen esas manos tan mágicas que tú tienes. Dime, Lara, ¿te irías a vivir conmigo a Chicago? Dime la verdad.

Lola queda cavilando y, cuando le va a contestar, el tipo agrega.

—Yo te haría una reina. ¡Tú serías mi única reina! ¡Serías la reina en mi palacio! ¿No te gustaría, Lara? Imagínate. ¿No te parece fantástico?

—Creo que a todas las chicas le dices lo mismo, Steve.

---

<sup>5</sup> Tanga diminuto.

—Pues no. Sólo les digo a las que me gustan demasiado y tú, precisamente, estás en la categoría de las VIPs.

—Veo que eres un buen hablador.

—Sólo hago lo que quiero y digo lo que siento.

—Decir esas cosas demuestra continuamente que eres un hombre con mucho poder.

—No tanto como quisiera, pero... la verdad es que no debería de quejarme.

—Eres un privilegiado como pocos...

—No, no, no. Para nada. Nadie me regaló nada. Y hoy, con todo el dinero que tengo, lo que estoy haciendo es disfrutar de la vida.

Disfrutar de cada segundo como corresponde, ¿no? Y tú me harías un hombre muy feliz si te fueras a vivir conmigo a Chicago.

—¿En serio?

—Claro. Sólo dime que sí, que yo me ocupo de todo. Absolutamente de todo. Ya me conoces lo suficiente. ¡Atrévete a soñar, verás las cosas diferentes!

—¡Dios, no sé qué decirte!

—Has como yo. Di lo que sientes. Ya nos conocemos bien, ¿no?

Lola sonrío.

—No te conozco tanto como para ir a vivir a tu lado a otro país.

—No tienes nada que temer. Yo soy lo que soy y se acabó. Ni más ni menos.

Lola imprime una mueca que se asemeja a una sonrisa y el veterano ni cuenta se da.

—¿Qué quieres saber de mí? Mira, te cuento. Hay veces que me levanto al mediodía. Otras veces lo hago después de las cuatro de la tarde.

—Ohhh.

—Nunca en mi puta vida vi un amanecer porque hubiese madrugado. Los que he visto son continuaciones de noches que no querían acabar.

—Ay, Steve.

—¡Me gusta dormir desnudo y odio a los vegetarianos! Nunca veo televisión y soy adicto a internet. Bastante normal, ¿no?

No sé cómo se hace la compra en un supermercado y sólo uso diseños exclusivos de ropa de reconocidos creadores. ¿Qué más quieres saber?

—En vez de vivir con un hombre estaría viviendo con una máquina, con alguien que no pertenece a este mundo. Realmente son pocas las personas que se pueden dar, siquiera, el diez por ciento de tus caprichos.

—No tan poco como crees.

—¿De verdad?

—Hay más gente así de lo que te puedes imaginar. Sería una hermosa relación la nuestra. ¿Te imaginas? Sería como esa famosa película.

—Sí. Pero... No. Yo necesito... ¿Cómo decirlo? Otra cosa. No sé... No importa.

—¿Qué necesitas? ¿Una tarjeta de crédito con un generoso saldo? Te la regalo ya mismo. ¿Un piso?

—Steve...

—Dime dónde que ya te lo estoy comprando. Dime lo que necesites porque lo vas a tener enseguida. ¡Tus deseos son órdenes para mí!

—¡Qué caballero! Pero... No es eso. Es que... No sé qué decir.

—Píde lo que quieras que yo te lo daré. ¡Claro! El tonto soy yo. Cómo una chica tan hermosa como tú va a fijarse en un viejo como yo.

—No digas eso...

—Iluso yo si pensé que algo más podría pasar entre nosotros. Escucha. Mi primera mujer era el ser más despreciable del mundo que puede existir.

—Oh, lo siento.

—No es nada. Lo único bueno que me dejó es un hijo que es un encanto. Él es gay y se fue a vivir a San Francisco con su novio y trabaja en un supermercado.

—¿Y eso?

—Dice que no necesita de mi dinero para vivir. Sin duda, es tonto. Pero, no deja de ser un encanto y es, sobre todo, mi hijo, mi encanto, mi herencia.

—No sé qué decirte...

—Bueno, mi segunda mujer me dejó a dos hijas que son hermosas y que me sacan todo lo que pueden y también un poco más.

Y como son y van a seguir siendo para siempre mis nenas, mis reinitas, las consiento en todo. No obstante, ahora quiero rehacer mi vida.

—Ammm.

—Y me encantaría hacerlo con una chica latina, alguien como tú. Dime, Lara, ¿te casarías conmigo en Las Vegas?

—No hace mucho que nos conocemos como para casarnos.

—¿Y qué vamos a esperar? ¿A que conozcas un hombre de dos metros, de noventa kilos, descendiente de alemanes y que te vayas con él?

—No, no.

—Antes de eso prefiero llevarte conmigo a Chicago o a donde tú quieras. ¿Qué me dices?

—¿Lo tengo que responder ahora?

—Uf, si fuese ahora, sería como tocar el cielo con las manos.

—Ohhh. Es un elogio realmente lo que dices.

—Mira, con todos los fracasos que he tenido con las mujeres he llegado a la conclusión de que ahora sí sería un buen marido.

Lola sonrío.

—Sé que esto no se le debe preguntar nunca a una dama pero dime, ¿cuántos años tienes, Lara?

—Ya pasé los treinta...

—¿De verdad me lo estás diciendo? Pues lo disimulas bien. Yo te daba veinte como mucho. No más.

—¿Desilusionado, quizás?

—Pues no. Más bien todo lo contrario. Cada vez hay menos brecha entre tú y yo. Esto es un aliento para seguir intentándolo.

Lola vuelve a sonreír mientras el veterano prefiere seguir soñando despierto y vuelve a apoyar la cabeza sobre la camilla de masajes.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en Punta?

—Yo creo que me quedaré hasta fines de enero. ¿Por qué? ¿Te gustaría estar en el frío de Chicago junto a mí? En mi casa tengo muy buena calefacción.

—¿No te rindes fácilmente?

—Claro que no y más con alguien como tú.

—Ohhh.

—Realmente es delicioso estar desnudo en el salón de casa bebiendo *whisky* mientras observo desde la ventana la nieve caer.

—Ohhh...

—Y si llegases a estar tú, todo sería perfecto.

—¡Qué romántico!

—No lo dudes.



Otro día claro y agradable envuelve la Península Esteña y la gente, como suele ser habitual a fin de año, desde primera hora de la mañana invade las playas.

Lola no quiso ser la excepción de disfrutar del sol y luciendo gafas oscuras y biquini blanco, se ha tendido boca arriba sobre una toalla en la playa de La Barra.

Nicolás y Javier se detienen cerca de ella aunque clavan los ojos en el océano. Ambos visten *short* y las gafas de sol son parte de ellos también.

Javier mira hacia un lado en el momento en el que se pone una gorra azul que sostiene entre las manos. Nervioso, no deja de morderse el labio inferior.

Lola, al verles, se quita un segundo los anteojos, medita, aunque los chicos no se den cuenta de nada.

—¿Dónde mierda se han metido?, —pregunta Javier—. ¡Son unos gilipollas! Después se quejan...

—Y vamos nosotros. Si ya hace como una hora que les estamos buscando y no aparecen por ningún lado. Que se aguanten.

—A mí ya me sacaron la paciencia. Esta actitud me da por el forro de los huevos. Vamos. ¡Qué se vayan a la mierda!

Inician la retirada y Lola les sigue con la vista. Los chicos continúan mirando para los lados hasta que se estancan a mirar a una chica, la cual es hermosa.

Mientras, una señora un poco mayor que está a un lado de los chicos les sigue con los ojos, pero ellos no se han dado cuenta de su presencia.

—¡¿Tan apuestos y sin compañía?! —se hace oír. Los hombres no le hacen caso, nadie se da por aludido.

—¡Qué bendición de país!, —agrega ella—. ¡Aquí sí todos los chicos son muy guapos! Sobre todo el de gorra azul.

Los dos desvían la atención hasta que ven a la mujer sonriente que no les quita la mirada de encima y les llama con un dedo. Ellos se miran entre sí, incrédulos.

—¡Oigan! Vengan a hacerme compañía.

Nicolás y Javier se vuelven a mirar.

—¡Vengan, chavales! ¡Todavía no muerdo! A menos que eso quieran.

La señora no deja de sonreír, los chicos se le acercan y se agachan a su lado.

—Son realmente muy guapos los dos. ¿Les gustaría ganarse unos euros a cambio de que me hagan compañía?

Javier enarca las cejas y echa un vistazo alrededor.

—No le entiendo... ¿Qué quiere decir... con eso?

—Puedes tutearme, majo. Ya somos grandes.

—¿Gallega?, —dice Javier.

—Madrileña mi niño. Madrileña.

—¿Quieres acostarte con nosotros?, —pregunta Nicolás temiendo la respuesta.

—Tú amigo aprende más rápido que tú. Pues si ustedes quieren, sí. Claro que sí. De lo contrario, me conformo con que conversen conmigo.

—O sea, madrileña, ¿no?, —insiste Nicolás—. Interesante. La verdad es que es interesante...

—Efectivamente.

—¿Soltera? ¿Casada...?

—Bueno, bueno... ¿A qué viene la pregunta?

—Simple curiosidad.

Ella lo mira desconfiada.

—Estás necesitado de dinero, ¿no?

—No solamente eso... Quiero... progresar en la vida y este país no me lo permite. Estoy pensando en otras posibilidades...

—Yo estoy de vacaciones en este paraíso latinoamericano y soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de echar un buen polvo.

—Em...

Nicolás desvía la vista a Javier y ambos se quedan mirando, mientras la veterana gira los ojos de uno al otro, sin dejar de sonreírles.

—¿Están dispuestos, guapetones?

—Yo sí, —enseguida dice Nicolás—. ¿Por qué no? Vuelve a mirar a Javier.

—¿Y tú? ¿Qué me dices, majo?



Javier queda con la vista perdida en la gran cantidad de gente que hay en los alrededores. Nicolás y la veterana no le quitan la atención.

—¿Y tú? ¿Dónde estás, guapetón?

Javier la mira.

—¿Qué pruebas tenemos de que vas a cumplir con tu palabra?

—¿Qué pruebas quieres, majo? ¿Qué quieres? ¿Irte a mi país y no tienes dinero? ¿Casarte conmigo así obtienes la documentación?

¿Vivir en mi piso? ¿Qué es lo que pretendes? Mira, chaval. No la tienes fácil. Es sólo un polvo. No creo que tengas la polla de oro.

Sin embargo, yo estoy dispuesta a ayudarles a ir a mi país, a casarme con uno de ustedes y darles lo que necesiten... Todo. ¿Lo entienden?

—¿A cambio?, —pregunta Nicolás en voz baja.

—Exijo que desde hoy, hasta el día en el que nos divorciemos, a mí no me va a faltar hombre, uno, el otro y si son los dos juntos, mejor. ¿Soy clara, guapetones? Al escucharla quedan contritos.

—No pueden negar de que es un gran chollo.

Nicolás la mira y ella le corresponde.

—A ver si entendí bien. ¿Estás dispuesta a ayudarnos a entrar a España, a casarte con uno de nosotros y a ayudarnos en lo que necesitemos a cambio de sexo desde hoy hasta que se firme el divorcio?

—Eso mismo es lo que acabo de decir, majo. ¿Es un negocio o no es un negocio? No creo que encuentren otro chollo como este así de fácil.

Los hombres vuelven a mirarse, perturbados, sin saber qué hacer. De pronto, Javier le extiende la mano a la veterana y ella la agarra con cuidado.

—Trato hecho, —dice.

—¿Cómo que para cerrar un trato conmigo me vas a dar la mano?

Javier queda pensando mientras ella se le acerca y le da tres besos, uno en cada mejilla y el tercero en los labios. Él queda cesado. Nicolás mira sin dar crédito que pasa.

—¿Tú, no vas a cerrar el trato conmigo?, —pregunta mirando a Nicolás.

Él se le acerca y ella repite la operación.

—Estoy alojada en aquel hotel —lo dice señalando el Encantos— de allá. Quiero, al menos, a unos de los dos, esta noche conmigo. ¿Vale?

Ambos desvían la mirada hacia el lugar que señaló y la regresan a ella.

—Sinceramente los dos son muy guapos. Y no creo que sean malos chavales. El tiempo me lo dirá. De todas maneras, habrá tiempo de conocernos un poco antes de que seamos un feliz matrimonio.

Los jóvenes contienen el aliento.

—¿Se dan cuenta de que todos estamos felices por el negocio que acabamos de cerrar? ¡Esta vida sí que vale la pena! ¡Qué vivan los hombres de América Latina!



Brian y Sebastián caminan mansos por la playa La Barra mirando hacia los lados sin inmovilizar los ojos en nada ni en nadie.

—¿Dónde mierda se han metido?, —pregunta Sebastián.

—Yo necesito pasta y así no vamos a ningún lado.

—Se me hace que algo han conseguido...

—Seba, Javi es capaz de lo que sea por pasta...

—Y Nico no se queda atrás. Pero sí. Algo han conseguido...

—Por eso pongo las manos en el fuego y no me quemó. Estoy seguro de que en algo andan... Pero, ¡me revienta que se borren de esta manera!

—Podrían, al menos, habernos avisado.

—Es lo que yo digo.

Pasa Lola delante y los dos quedan anonadados ante semejante mujer. Ella, astuta y pícara, sonrío y sigue su camino mientras contonea las caderas.

La observan fascinados hasta que desaparece de la visual. A continuación se buscan la vista, tratando de entender qué es lo que sucede.

—¡Madre de Dios y de todos los santos!, —exclama Sebastián—. ¿Esto es real o un fabuloso sueño? Brian asiente sutil.

—A ella sí que la sentaría en mi bragueta y la tendría toda la noche. Está que se parte la muy hija de puta... ¡Es terrible gata<sup>6</sup>!

—¡Me lo vas a decir! Por una piba como esa soy capaz de cualquier cosa.

—Y yo. Y todo el mundo.



---

<sup>6</sup> Jerga: Expresión usada para referirse a una mujer muy guapa, agresiva o a una puta de alto *standing*.

Pasa Lola al lado de Javier y de Nicolás, quienes siguen con la veterana, aunque ella, impertinentemente, les fulmina con los ojos.

La veterana se da cuenta de su presencia y la sigue desafiante con la mirada. Lola, risueña, no aparta la mirada de los chicos.



Los días siguen pasando y, a pesar de que se está en vacaciones y en época estival, hay dudas que se quieren aclarar y se hace todo lo posible para ello.

Por la avenida de las Américas, antes de llegar al parque Roosevelt, un edificio que parece estar abandonado se confunde entre los árboles.

El mismo es un convento en el que Javier, retraído y nervioso se retuerce las manos, sentado frente a una monja bastante mayor.

La mujer observa cada uno de sus movimientos, cómo se estruja las manos y, de vez en cuando, su pie derecho se mueve veloz, como si tuviera vida propia.

—Entonces... ¿Nada nuevo me puede decir?

—Javi, —ella habla de forma pausada—, tú sí que has sido un chico desafortunado en la vida... Desde que naciste es... Es como que...

—Uf...

—Todo lo tienes en contra. Cosas de la vida. Sí, supongo que son cosas de la vida. ¡Ya sabrá Dios por qué pasan algunas cosas!

—Madre, yo quiero que me cuente si en algún momento, cuando era pequeño, por ejemplo, vino alguien a visitarme o alguien se interesó por mí.

Ella queda abstraída. Luego comienza a negar con la cabeza. Javier le echa detenidas miradas y no la interrumpe.

—No, Javi.

—Joder.

—Sinceramente no. Lo siento. Nunca ha venido nadie a verte ni nadie se ha interesado por ti.

—¿O sea, mi historia se resume a mi abandono con ese papel y nada más? ¡Qué vida más vacía tengo! La monja prefiere mirar hacia un lado.

—Tú no has tenido una vida fácil desde tu propio nacimiento.

—Lo sé.

—Yo me acuerdo cuándo llegaste...

—Oh.

—Era el mes de julio, el dieciocho para ser exacta, y hacía muchísimo frío. Recuerdo que fue la hermana Libertad la que abrió la puerta.

—¿Y?

—Estaba anocheciendo y... alguien llamó el timbre. La hermana Libertad fue a atender, yo iba detrás de ella. Y cuando abrió no había nadie.

Hace una pausa mientras le busca la mirada.

—¡Me acuerdo que la hermana Libertad dio un grito tan fuerte que me asustó! Había un bulto y enseguida nos dimos cuenta de que era un bebé.

—¿Yo?

—Ajá.

Ella suspira levemente.

—A su lado había un papel que decía: 14/07/1983. No había nada más que ese papel. No sabíamos qué hacer. Nosotras te elegimos el nombre.

Te dimos los apellidos. Te dimos todo lo que pudimos. Enseguida nos dimos cuenta de que si les avisábamos a las autoridades los militares vendrían...

Por eso te criamos aquí como si fueses el hijo de una de nosotras. Todas te queríamos. Todas te queremos. Le diste vida a este convento.

Cada una de nosotras te atendimos, te hiciste querer y todas te dimos cuanto cariño y amor pudimos. No sé qué más puedo contarte, Javi.

—Yo tampoco.

Por varios segundos quedan pensativos.

—Fue así como llegaste a nuestro convento. Sé que no es fácil tener un inicio así, sólo Dios sabe por qué permite hacer determinadas cosas...

El joven queda abstraído y la monja, de vez en cuando, le mira. En silencio permanecen varios minutos.

—Hijo, ¿qué te está pasando? ¿Qué buscas?

Javier desliza la mirada del suelo a la mujer.

—No sé.

—¿Entonces?

—He pensado mucho últimamente y me pregunto por qué me han abandonado de esa manera.

—Ohhh.

—¿Habrá algún modo de localizar a mis padres biológicos? Es algo que pienso y no encuentro la forma de respondérmelo.

Ella lo mira con pesar mientras niega levemente.

—Hijo. Si ellos o quién sea te dejó en esta casa, sólo Dios sabe por qué... Si es para que des con ellos les vas a encontrar de una manera u otra. La vida es así. Da muchas vueltas y al final se obtiene lo deseado.

—Madre, desde que me conozco me pregunto quiénes son mis verdaderos padres. ¿Por qué me abandonaron?

Hace días que se me vino esta idea de nuevo y... Y es como una voz interna que me insiste, una y otra vez y... Y ya no sé cómo controlarlo.

—Te entiendo.

—La verdad es que no sé qué hacer. Eso es todo. Tengo la necesidad de saber de dónde vengo. ¿Me entiende lo que me pasa realmente?

—Claro que te entiendo.

Ella suspira.

—Javi, me gustaría ayudarte, pero... Aunque quiero, no puedo. Lo siento, hijo. De verdad, lo siento. Ya te he dicho todo lo que sé.

—Madre, ¿y usted tiene alguna idea o sugerencia sobre qué puedo hacer...?

—Hijo, yo te puedo decir muchas cosas como bien lo sabes tú. Pero las respuestas que buscas las tiene la ciencia.

Quizás puedas hacerte algún análisis de sangre pero, para eso, debes comparar tu sangre con la de alguien, ¿no? No lo sé.

O puedes buscar a las mujeres que dieron a luz el catorce de julio de mil novecientos ochenta y tres. No te olvides de que estaban los militares en esos momentos.

—Uf, tengo todo en contra...

—Sé que no hay demasiados registros de los tiempos de la dictadura pero... no sé. Sinceramente no sé si con esto podrías solucionar algo.

Lo que sí sé es que con intentarlo no perderías nada. ¡Ah!, una cosa muy importante, si buscas, debes estar preparado para lo que puedas descubrir.

Él frunce el ceño.

—A veces las verdades no son agradables y, una vez que conocemos algo, es imposible volver en el tiempo y regresar al *statu quo*.

—Vaya mierda, —murmura el joven.

—Todas esas respuestas están en tu corazón, Javi. Pregúntate a ti, sinceramente, si estás preparado para conocer la verdad.

La monja no le aparta los ojos.

—Si Dios existe, Él me va a ayudar a encontrar a mis viejos. Tiene que ser así, —susurra.

—Claro que Dios existe, Javi. Te deseo suerte.

—Gracias.

—La verdad es que te deseo mucha suerte. Y ya sabes que aquí tienes las puertas abiertas para lo que necesites. Cuando lo necesites.

—Gracias, madre.

—No tienes nada que agradecer.

—Usted...

Javier queda meditabundo un instante.

—Usted, en realidad, es la única madre que siempre voy a reconocer. Usted es la que ha estado a mi lado toda la vida.



Ella contiene el aliento.

—Madre no es la que trae un hijo al mundo. No. Nada que ver. Madre es otra cosa y usted, aunque no ha dado a luz, es más madre que muchas mujeres.

—Ay, Javi...

—Madre es la que se gana el amor de un niño por su devoción, por su atención a él, por todo... Y usted, al igual que las hermanas, ha hecho todo y más de lo que ha podido para que yo siempre esté bien.

—Solamente hice mi deber, Javi.

Él niega levemente con la cabeza.

—No. A usted, a ustedes les debo lo que soy y, aunque viva mil años, nunca terminaré de agradecerles lo que han hecho por mí. ¡Gracias, madre!

La monja sonríe avergonzada. Javier se pone de pie, se acerca y la abraza.

—Gracias... Gracias, hijo. ¡No sabes lo que significan tus palabras para una monja!

—Esto es lo mínimo que le puedo decir. Si no fuese por ustedes, yo no estaría aquí y... Gracias a ustedes por las atenciones que me han dado.

—No tienes nada que agradecer, hijo, —musita.

A ella se le mojan los ojos, como si hubiera esperado esa pausa para ello, y lo sigue abrazando.



En la *suite* del hotel Encantos, en el que se aloja la española, Javier, un poco nervioso y con el torso desnudo, está sentado en el borde de la cama.

Procura tranquilizarse bebiendo pequeños sorbos de *whisky*, aunque los efectos no son instantáneos como lo necesita.

La veterana viste un camisón de encaje largo y transparente, está con ropa interior oscura y acaba de sentarse al lado del uruguayo.

Ella lo mira y, de vez en cuando, le roza la mano por alguna parte del cuerpo y esto no hace más que aumentar los nervios del joven.

—Dime, ¿por qué te quieres ir a vivir a España?

—¡Porque este país es un puta mierda que ya me tiene podrido!

—Yo no lo veo así. Este lugar es un paraíso. Además, tu familia, tus amigos, te echarán de menos...

—No. Estoy seguro que eso no va a pasar. Además, no te olvides de que cada moneda siempre tiene dos caras.

Y este balneario es solamente uno de los perfiles de este país. Y es la cara más hipócrita que exhibe al mundo, una buena carta de presentación.

—Am. Y, ¿a qué te piensas dedicar allá?

—A lo que sea. Ya he hecho tantas cosas en mi vida... Como te has dado cuenta, soy capaz de cualquier cosa con tal de conseguir mis objetivos.

Ella sonrío y bebe un trago de *whisky*.

—¿Te produzco morbo?

Él sonrío.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría saberlo. Eso es todo. ¿Me lo vas a responder?

—Tenemos un trato. Yo soy un tipo de palabra y cumpliré mis obligaciones. De eso puedes estar segura.

Ella asiente.

—Entonces, será mejor que no preguntemos ciertas cosas.

—Quizás tengas razón, —susurra.

—Es mejor que sepamos lo mínimo uno del otro.

Por varios segundos ninguno dice nada.

—¿Sabes de lo que tengo miedo?

Javier le busca la vista.

—Tengo miedo del amor.

—¿Qué?

—Sí. Tengo miedo del amor. Tengo... tanto miedo de enamorarme. Miedo de no responder respecto de mis sentimientos.

Javier, durante un minuto, se aísla de la realidad.

—Eso no va a pasar, —musita él—. Eso no tiene porqué pasar.

La mujer baja los ojos lentamente.

—No.

—Vale.

—Quédate tranquilo porque eso no va a pasar. Procuraré que no ocurra. Por el bien de mí misma, haré hasta lo imposible para que nada de eso ocurra.



En otra de las habitaciones de lujo del hotel Encantos, Lola está recostada en la cama, risueña, soñando despierta.

Oh, sí, —se dice—. Otro juguete más para mi colección.

Me encanta.

De pronto, su expresión se ensombrece y desvía la mirada hacia un punto del techo. Trata de recuperar su estado anterior, pero no lo logra.

Su mirada queda intensa y ausente, y tan brillante que parece que las lágrimas en cualquier momento fuesen a salir. Ya nada puede controlar.

Sobre la mesita de noche hay una botellita de agua mineral, un teléfono móvil, el libro *El Príncipe* y un cigarrillo encendido sobre el cenicero.

Cierra los ojos, visualiza a Javier y vuelve a sonreír. De forma automática sus manos se deslizan lentamente por su cuerpo y ya no puede controlar sus deseos.



Otro día llega a su fin con una mezcla de colores y formas eclécticas que se unen entre el horizonte y las aguas del océano Atlántico.

No hay brisa, son pocos los que pasean por la franja y disfrutan de esa perspectiva que se impone para soñar despierto.

Nicolás y Javier están sentados en el bordillo de la acera, con las rodillas altas y los codos apoyados en las mismas, mirando hacia el lado de la playa La Barra.

—Si todo sale bien nos vamos a España, —rompe el silencio Nicolás.

Javier parece no escucharle y sigue con la vista perdida.

—Hay algo raro en esa veterana que no me cierra. Tan fácil no puede ser que nos salgan las cosas. Anoche estuvimos juntos y no hicimos nada. ¡Pero naaadaaaa!

—¿Y eso?

—Sólo estuvimos bebiendo. Hablando de cosas y poco más... Yo no sé si arriesgarme a follármela...

Nicolás resopla.

—De todas maneras, si ella quiere, la voy a tener que follar. Sé que está necesitada de polla y lo pide a gritos, pero... Pero, aun así... no pasó nada.

Nicolás abre la boca pero no dice nada.

—¿Y si no cumple su parte del trato, Nico? ¿Qué hacemos? Hay cosas que no me cierran y... la verdad, es que no tengo la menor idea cómo averiguarlo...

—La verdad es que no sé, Javi.

—Yo tampoco.

—Quizás, lo mejor sea que te cases aquí y después validez el matrimonio allá.

—Ajá.

—No tengo idea cómo va eso de los matrimonios entre personas de diferentes países... No creo que sea nada del otro mundo. Sería bueno para todos saberlo.

—Es una buena idea.

Javier suspira.

—Ella tiene más pasta de lo que aparenta y de eso no me cabe la menor duda.

—¿Por qué lo dices?

—Nico. Saca cuentas y después dime. ¡Punta del Este es carísimo y lo siguiente! Ese no es ningún secreto.

—Ajá.

—Ella está alojada en el hotel Encantos que es de cinco estrellas. Sabes lo que significa eso, ¿no? Por más que tenga pasta, aquí se la está gastando a baldes.

—No sé qué me quieres decir, Javi...

Javier pasea la vista por los lados.

—Si bien aquí con el euro eres Gardel con guitarra eléctrica, no te olvides de que hay lugares en que un refresco te lo venden a diez dólares.

—Sigo sin entenderte, Javi.

Javier niega levemente con la cabeza.

—Tú piensa que todo va a salir bien y procura que todo salga bien. No tenemos nada que perder. No conocemos a nadie. No nos queda otra más que confiar.

—¿No tenemos nada que perder, Nico? ¿Tú te imaginas follarte a esa veterana?

Nicolás ríe.

—Por suerte tú le gustaste más que yo pero, a decir verdad, no me gustaría estar en tu lugar. Al fin y al cabo es una inversión.

—A mí no me hace gracia. Estoy seguro de que si me pongo en bolas delante de ella mi *amigo* no me va a responder.

—Usa tu imaginación. Que no sea porque no se te ponga tiesa se nos va a ir el negocio a la mierda.

—Tú podrías poner un poco de tu parte, ¿no?

Nicolás contiene el aliento.

—Sedúcela. Trata que también se fije en ti. Así se haría más llevadero todo.

Nicolás queda reflexivo.

—Al fin y al cabo, —agrega Javier—, esto nos beneficia a todos.



La noche ya impone su presencia y son otros sitios los que visita la gente; la rambla y los alrededores son los lugares elegidos.

El movimiento de peatones es incesante y, aunque las aglomeraciones de caminantes son comunes, no dejan de estar tranquilos y relajados.

Sebastián y Brian beben cerveza en latas sentados a una mesa de la terraza de un carrito de comidas de la playa Brava donde, a pesar del gentío, hay mesas vacías.

Llega Lola como una aparición fantasmal y se sienta al lado de los chicos. Ambos siguen en su mundo, sin haberla visto todavía.

Pasados varios minutos Brian descubre que Lola no les quita la mirada. Él, discretamente, le hace señas a su amigo para que la mire.

Sebastián desvía los ojos hacia ella y Lola sonrío. Ambos, sorprendidos, quedan en blanco. Luego se miran como si tuviesen que verificar que es real lo que están viviendo.

—¿Y esto?, —dice Sebastián—. ¿Qué significa?

—¡Está más claro que el agua! Yo le entro.

Vuelven a mirar hacia la mesa de Lola y ella ya no está. Sólo queda el humo del cigarrillo que dejó en el cenicero y la bebida a medio terminar.

La confusión se transforma en desconcierto y echan más de una mirada alrededor, aunque ni rastros hay de la mujer.

—¿Y?, —dice Brian—. ¿Qué pasó? ¿Se esfumó?

—Si yo lo supiese... ¡Qué hija puta calentapolla!

—Puede que sea una extranjera que sólo vino a pasar un buen rato...

—Si no dio tiempo a reaccionar... para hacer nada en realidad. ¿Cómo le vamos a echar un polvo si no sabemos dónde encontrarla? ¡Está fumada!

—Punta tampoco es grande. Estoy seguro de que la vamos a volver a encontrar. Tiempo al tiempo.

Ambos siguen mirando detenidamente a la redonda.

—¿Y Javi?, —dice Brian—. ¿Dónde está?

—Hace un rato Nico me envió un mensaje y me dijo que andaba con él en unos negocios.

—¿Nico y Javi en negocios? ¿Me estás vacilando?  
Sebastián se encoge de hombros.

—Y, ¿en qué tipo de negocio pueden andar...?

—De ellos espérate cualquier cosa porque es difícil que no le aciertes. Pero ahora, no sé... A decir verdad, ¡no tengo la menor idea!

—Hace días andan en algo y nada quieren decir. Además, los dos andan con pasta. ¿Qué negocio será? Hace una pausa y agrega casi en un murmullo.

—Me gustaría saberlo, sí.

—Uno muy bueno. El otro día Javi cambió un billete de cincuenta euros.

—Voy a estar más atento a cada uno. Porque, si es así, yo también quiero estar en ese negocio. De eso no me cabe la menor duda.

—Yo les he insistido y ninguno quiere decir nada. No sé qué será. Es probable que haya vuelto el argentino y se hayan puesto de camellos de nuevo. O algo de eso.

—Si fuese así, no veo el motivo para que no nos digan nada.

—En eso tienes razón. No sé en qué andan... No tengo la menor idea.

—Ni yo.



La noche sigue dando juego y la luna se refleja con las aguas inquietas del océano Atlántico como si se estuviese meciendo en una cuna.

No hay nadie en la zona más que Nicolás y Javier que se bañan en ropa interior en la playa Mansa. Lola, desde lejos, les observa a través de binoculares.



Ninguno de los chicos se da cuenta de que están siendo espiados y disfrutan de la quietud de la noche, y ella no se pierde ningún movimiento.

*¿Por qué siento esto cada vez que le veo?, —se dice—.*

*Nunca había sentido nada semejante con nadie... y, cada vez que le veo, me siento rara.*

*¿Será que me estoy enamorando de un hombre? No.*

*¿No? No lo sé. Lo que sí sé, es que nunca antes había sentido nada parecido. ¡Vaya faena, ya no sé ni qué me gusta!*



Muy avanzada la noche Javier duerme boca abajo, vistiendo solamente calzoncillos en la *suite* del hotel Encantos, donde se aloja la española.

La ventana está abierta e ingresa una agradable brisa marina y, al lado de la cama, hay una botella de ron a medio terminar.

Desde la puerta Lola lo mira fascinada, casi como si estuviese hipnotizada observando una escultura griega prohibida para ella.

*Oh, no, —se dice—. Esto no puede ser. No puede ser que a esta altura de mi vida yo no sepa qué me gusta pero... pero no lo puedo evitar.*

*Joder, tampoco sé si lo quiero evitar. Es tan... tan guapo y me produce tantas cosas... Oh, no, siento casi lo mismo que con las mujeres. Esto no es normal.*

Pasan varios minutos para que, de la forma más discreta que encuentra, procurando no hacer ruido con los tacones, se retire.

Lola llega a la recepción del hotel y el recepcionista, un hombre con aspecto de cansado, le sonríe. Ella se le acerca y le deja un billete de quinientos pesos.

El hombre no duda en guardárselo en el bolsillo y mira como la dama misteriosa se retira deprisa mirando hacia todas partes.

En un rincón de la parte exterior de la entrada del hotel Encantos se da cuenta de la presencia de dos hombres que conversan.

Queda un instante mirándoles hasta que sale corriendo y sus pasos provocan ruidos alertando a los chicos que enseguida voltean la vista.

Brian y Sebastián la ven huir. Ambos la observan hasta que desaparece. Los amigos, con el ceño fruncido, se miran sin nada entender.

—Era ella, ¿no?, —pregunta Sebastián.

—Sí. Y no sé si huyó de nosotros o de algún otro.

—Seguro que nos vio.

—Sí, eso sí. Pero ella venía del hotel. ¿Qué ha pasado? ¿Quién está ahí que hizo que se fuera así?

—Me gustaría saberlo.

Brian suspira con los ojos suspendidos por donde desapareció Lola.

—No es la primera vez que nos la encontramos.

—Ajá.

—Ya dudo de si es producto de la casualidad o... quizás es ella la que provoca los encuentros.

—¡Estás loco, Brian!

—Quizás... sí. Quizás... no. No sé. Con mujeres como éstas nunca se sabe...

—Pues... La verdad es que no sé qué decirte.

Sebastián mira a su amigo y Brian desvía la vista de nuevo hacia la dirección en la que se fue Lola.



Se trata de un amanecer sereno donde la aurora tiene tonalidades rojizas y naranjas que, reflejadas con el agua, los colores se intensifican.

Los rayos del sol se cuelan por cuanto resquicio encuentran y la brisa fresca matutina cubre la península como una manta invisible.

Lola despierta sobresaltada en la alcoba principal de la mansión de José Ignacio, en la que ya ha estado más de una vez.

Lo primero que atina, son botellas de varias bebidas alcohólicas que le producen asco, dos ceniceros llenos de colillas y su bolso sobre una silla.

Las ojeras de su rostro son agudas, el pelo revuelto le da un aspecto de desaliño y los ojos con lagañas la alejan de la mujer fatal como se presenta al mundo.

Lola, consciente de cómo se siente, procura no hacer ningún movimiento, y su compañero de cama, el hombre estadounidense, la observa embelesado.

—Si la vida me concediese un deseo, —rompe la calma él—, le pediría tener treinta años menos.

—¿Qué dices, Steve?

—Con treinta años menos no dudaría en enamorarte. ¡Qué seas mía y sólo mía, y pasar mi vida a tu lado, Lara!

—Oh, no sé qué decirte...

Ella procura mantenerse impasible, cierra los ojos y suspira.

—¡Qué hermosa mujer eres, Lara! Realmente eres muy hermosa.

La uruguaya continúa inalterable.

—Gracias, —musita de pronto.

—De verdad, eres muy hermosa, Lara. No sabes cuán hermosa eres.

—Me siento fatal, —dice luego—. La cabeza me da vueltas... Creo que bebí mucho.

—Antes de irme, ¿me vas a dar la oportunidad que tanto te vengo pidiendo?

Lola le busca la vista y el hombre le corresponde cargado de ansiedad.

—Voy a hacer otras de mis locuras... Y... quiero conocer Los Estados Unidos y que tú seas mi guía...

—¿De verdad me lo dices, Lara? Será un verdadero placer... ¿Cuándo partimos?

Lola imprime una mueca en su rostro en forma de sonrisa y queda meditabunda, mientras el hombre no la pierde de vista.

—Sólo quiero conocer. Nada más que eso.

—No va a pasar nada que tú no quieras que pase.

—Me estoy volviendo loca al hacer esto... No lo puedo creer ni siquiera yo misma.

—Si quieres que pasemos por Las Vegas a firmar unos papeles no me voy a negar.

La mujer sube y baja los ojos y el tipo vuelve a sonreír.

—Puedes escoger la fecha y todo lo que desees, Lara.

—Ay, Steve, Steve... Caaalma.

—Solamente tú serás la reina en mi paraíso. Nada más que la reina en mi palacio. Deseo hacerte la mujer más feliz del mundo, incluso del universo.

—Me da miedo esta situación.

—No hay motivos para temer. No hay nada para temer. Lara, sólo soy un hombre que se ha enamorado. Me siento como un adolescente cada vez que te veo.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé.

El hombre suspira.

—Y también sé, lamentablemente, que tengo edad suficiente como para ser tu abuelo. Y créeme, eso me duele más que cualquier cosa en el mundo.

—No. No digas eso.

Ella resopla discreta.

—Supongo que no hay nada que temer. Además, van a ser sólo unos días...

—No le temas a la felicidad, Lara. La vida pasa deprisa como para detenerse a pensar en los problemas.

—Steve, calma.

—Si quieres vivir en una eterna luna de miel, sólo depende de ti. Nada más que de ti. Yo, de mi parte, haré hasta lo imposible para que te enamores de mí...

Él se para y, de pie frente a ella, le busca la mirada.

—Te quiero, Lara. Te quiero.

Ella abre la boca pero no se atreve a decir nada.







# **Tercera parte**

# España

# 2017

El pasado y el futuro se ríen  
del presente.

Desenlace



La isla canaria de Tenerife es uno de los sitios más paradisíacos que tiene España y cada rincón de la misma esconde su encanto.

En la playa del Médano, donde el viento sopla con agresividad y, aun así no logra espantar a los bañistas, agita las aguas del océano Atlántico.

Sebastián, Javier y Nicolás permanecen de pie, vistiendo trajes de baño, con los ojos clavados en el horizonte que se presenta claro.

Los jóvenes han cambiado poco, se diría que casi nada. Ahora se hicieron más robustos, se asoma algún inicio de calvicie, aunque están casi iguales que antes.

—Yo, en una vida anterior, debí haber sido pez, — comenta Javier.

Sus amigos lo miran.

—Sí, la verdad que sí, —sigue—. Cada recuerdo que tengo de mi vida, cada cosa que me pasó, no importa qué, no importa si buena o mala, en todo el mar, el océano siempre está presente.

—Casualidad, —le contradice Sebastián.

—En cada aspecto de mi vida el agua del mar está ahí, presente, fiel como una sombra. O sea, cabe la posibilidad de que en una vida anterior fuese pez.

—¡Yo creo que la coca te quemó las neuronas, loco!, —le rebate Sebastián—. ¡Estás loco, Javi!

—De verdad lo digo. Yo debí haber sido pez en una vida anterior.

Cada uno queda reflexivo, con la vista en la lejanía.

—Hay veces que pienso y pienso y... yo no sé si podría vivir alejado del mar. Más de una vez me hice la pregunta y aún hoy no me la he podido responder. No sé si estoy preparado para responderlo.

—No falta mucho tiempo para que lo compruebes, —indica Nicolás.

—Sí, ya sé. ¡Ni me lo recuerdes! No sé si voy a aguantar a vivir mucho tiempo allá.

—Yo no quiero aprender catalán ni ningún otro idioma, —expone Sebastián—. O sea, ve haciéndote a la idea de vivir en Madrid.

—Lo intentaré. De verdad. Pero, yo digo, ¿no?

—Javi, —la voz de Sebastián intenta ser calmada—, no volvamos a lo mismo, *please*.

—¿Por qué cambiar este paraíso de isla como es Tenerife por una ciudad tan llena de gente, sin playa, con toda la contaminación habida y por haber, con las temperaturas tan extremas tanto en verano como en invierno como es Madrid? Es de locos, ¿no?

—Todos tenemos claro por qué nos vamos, — replica Sebastián—. O sea, no volvamos a lo mismo.

—Lo que van a lograr es que me muera de pena. Miren —lo dice señalando las olas— Es hermoso. ¿Les cabe duda de que es hermoso? Y no sólo eso.

Miren las mujeres que tenemos aquí, —también lo dice señalando un montón de chicas—. Aquí hay para todos los gustos, de todas partes.

De la nacionalidad que busques, no importa cuál, es seguro que la encuentras aquí, en la isla de Tenerife. ¡Y son todas guapas!

En ese instante pasa un grupo de chicas un poco mayores, pero que están, realmente, hermosas. Algunas sonrían o simplemente les miran.

—¿Tengo razón o no?, —sigue Javier—. ¡Son todas guapas!

